

JULIO ARJONA Q.



Por La Patria

JULIO ARJONA Q.



POR LA PATRIA

Colección de Artículos Políticos



1905

Tipografía "La República"

PANAMA



PRÓLOGO.

El talentoso joven don Julio Arjona Quintero lanza al mundo de las letras el libro POR LA PATRIA "Colección de artículos políticos".

Son fotografías instantáneas de nuestro estado político desde la paz del *Wisconsin* hasta ahora. Es un estudio y es un cauterio. La política y la sociología, que marchan unidas, forman parte de la historia de los pueblos. Esto, reunido, se halla en el libro del joven Arjona, quien demuestra talento, perseverancia en el trabajo y mucho amor á esta nuestra privilegiada tierra istmeña.

Describir con pluma certera los sucesos de un pueblo en un tiempo dado, ver por ese estudio los males que azotan al pueblo sin aplicar á aquéllos la pena correccional: la censura, no es de un escritor valiente y patriota, como el autor de POR LA PATRIA.

La censura es un martillo. Si se golpea con

ella parte sana, una obra perfecta, produce mal; pero si el golpe se da rudo contra lo malo, surgirá el bien; si se da con habilidad sobre el cincel que talla la piedra, surge el busto delicado.

Arjona ha sabido manejar ese ariete poderoso; y aunque en ocasiones se nota como que languidece, que parece desesperar de su obra, de pronto se llena de nuevos bríos y asesta con maestría el golpe salvador.

Y es que el espíritu intransigente, el genio revolucionario de los hijos de Colombia, que tanto daño hace á esa altiva y generosa nación, no puede borrarse en sólo un día en el suelo istmeño, que por espacio de 83 años había sido Colombia. Es preciso, pues, luchar y tal vez luchar mucho.

Nuestro primer Presidente, el preclaro libertador del Istmo, Doctor Manuel Amador Guerrero, se ha visto atacado en su política de progreso y conciliación por aquellos que no han comprendido que la nueva nacionalidad requiere nuevas tendencias, olvido de las pasadas rencillas, de la pasada política intransigente; y que es necesario mucho orden y mucho progreso; y mayor que el progreso material, el político.

La mayoría comprendió que á la nueva República era necesario un vigor nuevo, para llevarla á la cima á que está llamada por el Destino. Todos los hombres públicos notables se compactaron y así vimos unirse los sanos elementos de los antiguos partidos y se fundó el Constitucional, obra de toda la nación, en que se reconocen autores aun aquellos que más tarde se extraviaron del camino real.

Desde que comenzaron los primeros disparos contra el Partido Constitucional, ó sea contra el partido del orden, del bien general, de la unión y de la concordia; desde que un grupo comenzó á trabajar por adueñarse, el sólo, del Poder, con exclusión de la mayoría del país; desde que el jacobinismo (como se llamó, á sí misma, esa fracción) quiso volver á la antigua política colombiana de odios y de exclusión, comenzaron á publicarse los vigorosos y bien razonados artículos del joven Arjona, que se hallan en su mayor parte en esta colección.

Muchos escritores acogieron con entusiasmo la defensa de nuestras instituciones; y aun nosotros—á pesar de nuestra insuficiencia—nos dimos á la tarea de demostrar al pueblo que todo el viejo andamiaje político había caído por tierra; que era necesario seguir nuevos caminos, ya que así lo exigía el nuevo cuerpo, la nueva entidad política que había venido á formarse por exigencias mundiales, con organismos muy heterogéneos á los que formaban á este país cuando era un simple Departamento de Colombia. En *El Republicano*, que publicámos á principios del año pasado, decíamos, en el primer número de esa hoja, estas palabras textuales: “los que quieran seguir llamándose liberales ó conservadores; los que quieran conservar incólumes sus rancias ideas, quedarán como escombros del arruinado edificio colombiano; serán arrojados al rincón de los desperdicios; quedarán excluidos, en el retiro y el abandono; aislados, como si sufrieran el mal de Lázaro.”

En el importante Mensaje que presentó á la Convención la Junta de Gobierno se leen conceptos tan atinados, escritos de manera tan brillante, seductora y convincente—refiriéndose á lo que debe ser una Constitución—como estos:

«Espíritus poco preparados para obras de este orden creen que las Convenciones son pa-lenques en donde van á empeñar airadas luchas «los opuestos sistemas filosóficos y hasta las creencias religiosas. Tal concepto ha sido la causa «de males inmensos. Vosotros sabéis bien que «la Historia registra páginas sangrientas escritas «por la intolerancia triunfante y perseguidora que «no siembra sino desolación y ruína para cosechar «asoladoras reacciones. De esos males tienen la «culpa los que siempre han querido convertir el «Senado en Academia y pretendido imponer opi-niones é ideas que los pueblos rechazan.»

Nosotros agregamos, como una consecuencia de tan cuerdas palabras, que los partidos políticos no deben ser sino reflejos de la Constitución, porque de lo contrario aquéllos desvirtuarían los principios consignados en ésta y no se podría evitar el mal apuntado: «la historia registra páginas sangrientas escritas por la INTOLERANCIA triunfante y perseguidora, que no siembra sino desolación y ruína para cosechar asoladoras reacciones».

Pues bien, estos males, esta intolerancia es el canon de la oposición. En las pasadas elecciones para Concejeros Municipales escogió aquélla, para formar sus listas electorales, sólo á sus hombres, con prescindencia absoluta aun de aquellos en quienes reconocían competencia y honorabilidad y

quienes—al decir de algunos opositores—formaban ya en sus filas; pero que no les darían el voto porque no habían querido declarar de una manera pública que habían dejado de ser conservadores.

Y es que, como ya lo hemos dicho, ese grupo —la oposición—no ha podido sustraerse á la fuerza del hábito, á las inveteradas y rancias prácticas políticas existentes hasta el TRES DE NOVIEMBRE. El grandioso suceso de nuestra segunda independencia, tal vez por su misma grandiosidad, no pudo ser apreciado por algunos hombres acostumbrados á la política del odio, de la asechanza artera y del exclusivismo. Y se llenó de sombras la retina, de los ojos del patriotismo de algunos que tal vez contemplaron súbitamente y seguro con cristales sucios ó muy ordinarios, los resplandores de la luz coruscante del nuevo sol de libertad, progreso y concordia; y empañadas sus pupilas dudaron y dudan aún de la realidad del bien alcanzado y de allí el ataque que persiste sólo como un eco lastimero de los que se ven en la impotencia por la ceguera intelectual de que fueron objeto.

Y todos ellos, sin excepción, se dejaron llevar, y los mueve aún, aunque tratan hoy de ocultarlo, por sus instintos tan feroces como innatos en contra de una raza extraña, que sólo ha pretendido y pretende traernos el bien; pero que sí nos impone, —y este es uno de los motivos del odio,—el deber de ser cuerdos y ante todo pacíficos:

Los artículos de Arjona tiene la fuerza de la

antigua catapulta; pero sus disparos son sólo contra los males que relatamos.

Arjona, joven, entusiasta y patriota; liberal de la escuela moderna, liberal verdadero, asesta sus tiros contra la oposición intransigente; pero lo hace sin odiös, sólo busca el bien. En la parte final de REFLEXIONES, (segundo artículo) pág. 37, se leen estas palabras:

“Una línea divisoria existe *todavía* con la minúscula oposición, *pero ella puede desaparecer por entero*, si la cordura cunde en el cerebro de los menos.”

Desea firmemente el autor, como lo deseamos todos los amigos del Gobierno, la unión sincera, el abrazo fraternal entre todos los hijos de esta nuestra pequeña República, en la cual sólo se debía trabajar por el engrandecimiento de la patria, sin que existieran divergencias políticas.

El libro en que nos ocupamos no encierra únicamente artículos políticos, tiene algunos sobre agricultura, porque el objeto es, como lo expresa el título, trabajar en provecho de la Patria; y sin duda alguna que la labor del campo es una de las fuentes del engrandecimiento de ésta; pero nada tan necesario como una buena dirección en los asuntos públicos, porque sin esto no podría haber ningún bien. Así lo ha comprendido Arjona y por esto se contrae más á los asuntos políticos.

Agradecemos al joven escritor la distinción

que nos ha hecho al escogernos como prologuistas de su bien elaborada obra. Reciba nuestra entusiastas felicitaciones por su trabajo.

Gabriel GUIZADO COSTA.

Panamá, Junio de 1905.







La situación

Hace algunos meses venimos notando que no obstante haberse declarado por el Poder Ejecutivo Nacional, restablecido el orden público, la situación sigue adoleciendo de anomalías que nunca podrán satisfacer las legítimas aspiraciones de los pueblos. Cual sea la causa genitora de este mal que se siente, que se palpa y que aun se ve tomar proporciones alarmantes en todas las clases de nuestra sociedad, no lo sabemos; pero es lo cierto que hay un estado casi de alarma, podríamos decir, una inestabilidad en el Gobierno y una incertidumbre en lo político, que aun en la víspera no alcanzamos á comprender lo que sucederá mañana y que el porvenir suele presentársenos, hoy por hoy, cada vez más sombrío.

Cuando en el día memorable del 21 de Noviembre de 1902, se acordó á bordo del *Wisconsin* la negociación de paz que hizo extinguir la voz estentórea del cañón fratricida y apagó las últimas llamas de la hoguera de la revolución, que aun ardía en este Departamento, creímos desde luego cerradas las puertas del templo de Jano; pero el mal á que nos hemos referido está pregonando que si bien terminó la lucha material, la lucha á brazo partido, lucha de siega de vidas y de derrames de sangre, que tuvieron por complemento los ayes de las víctimas inmoladas y el llanto de las madres, de las viudas y de los huérfanos, también lo es que con ese beneficio, — con la paz material, podríamos decir, — no nos ha venido, ni hemos podido adquirir, hasta el presente, la paz de los espíritus, ni la tranquilidad de que tanto necesitan nuestros pueblos en esta época de alarmante y lamentable decadencia. Parece que adquirido como tene-

mos el nunca justificable hábito de la lucha armada, quisiéramos llevar ésta á la misma teoría, y cuando soltamos el arma victimaria, cansado yá el brazo de soportarla y repleto el corazón, si no ya hábito, del hartazgo de carnicería y de metanza al hogar todavía con tendencias levantiscas y nos iniciamos en nuevas luchas en las cuales no cejamos, muy particularmente en lo social y en el campo *siempre fértil* de la política.

En este último las pasiones han entrado más de lleno á ejercer sus influencias perniciosas, y de los partidos históricos que han existido, surgen á porrillo círculos y fracciones que nos traen como cosecuencia lógica la anarquía, poco consona con el espíritu cristiano que debe primar para bien del país. Y es en estos momentos cuando el tono de la prensa y la misión sublime de ésta degenera y se empequeñece. Los cabecillas políticos huelgan y concretan su acción en el periódico á sus Particulares intereses, en tanto que el bien procomunal se convierte en asunto secundario. El más sagrado secreto de la vida de los partidos pasa á ser material obligado de los periódicos, y hasta en los más acreditados de éstos, se convierte en girones la honra del adversario que, en caballerosidad, bajó á la arena á la usanza del gladiador romano. Hombres públicos hemos visto que enantes soportaban juntos las duras pruebas á que los sometió su credo político, tiznarse sus nombres y lanzarse manchas indelebles en sus reputaciones, sólo porque al volver á la vida que les brindó la paz, éste pertenecía á un círculo político y aquél á otro; y como en medio de este maremagnum no puede encontrarse la armonía y la unidad de acción que todo lo pueden, el decaimiento que de consiguiente ha surgido y que para desgracia nuestra ha comenzado á enseñorearse en la presente época, sienta de modo formal su dominio, labra nuestra ruína general y encamina el país á la disolución inevitable. Puede decirse que la cohesión que siempre debe existir en los partidos políticos, brilla, hoy por hoy, por su ausencia; y hay tal lucha de opiniones, de ideas y de aspiraciones contrarias, sintetizando los distintos círculos personales; la hostilidad sistemática empeñada es tal; ha invadido el mal tan en firme parte tan noble del cuerpo de nuestra sociedad, que nuestro entenebrecido horizonte político presagia algo así como futuras lamentables desgracias....

(De *La Probidad*).



Causas de la separación de Panamá

Nos cuenta la historia que el 20 de Julio del año de 1810, quedó por fin sellada la independencia de Colombia, y que nuestra emancipación, es decir, la de la istmeña tierra, no vino á realizarse sino once largos años después. Y nos dice asimismo esa fuente de información, que la libertad por nuestro pueblo conquistada no le costó á nuestra segunda madre, Colombia, ni una sola vida de sus hijos, ni un solo centavo de su Tesoro. Un acto espontáneo de la uniforme voluntad de este pueblo, obró en el ánimo patriótico de nuestros ilustres predecesores para adoptar como nueva Patria á la tierra colombiana, cuando de igual manera nos habría sido posible aguardar algún tiempo más y unir nuestra suerte, nuestros caros destinos, á cualesquiera de esas otras hermanas en el sufrir: Ecuador, Perú ó Venezuela; y como ochenta y dos años en la prolongada vida de las naciones, equivalen á uno en la vida humana, he ahí que ni el vínculo de la antigüedad,—que siempre contribuye á hacer más fuerte é indestructible la cadena de los afectos,—ha podido oponerse á que en el día glorioso, del 3 DE NOVIEMBRE, le diéramos, como lo hicimos, nuestra despedida á la madre de ayer.

Si, por otra parte, á esto se agrega que, ya colombianos, el nuevo amo se exhibió empeñoso en remedar la política de España, (el amo primitivo), resulta bien á las claras sobradamente justificada nuestra separación: hecho grandioso y elocuente que marcará época en nuestro incipiente siglo.

Puede decirse que cuando éramos colombianos, —con todo y al amparo de leyes republicanas que se expidieron, y reconocidos por todo el orbe civilizado como independientes y

muy libres,—volvieron para nosotros los istmeños los tiempos mil veces aciagos del estúpido coloniaje, y que nuestros sagrados intereses estaban como antaño encomendados á extrañas manos, y, por lo tanto, á otros hombres, peores defensores de esos intereses que los hombres nuestros.

Fresca está aún la historia política de Colombia para que se lea y estudie con criterio desapasionado, ese como otro misterioso donde moran todavía medio esquivas y ocultas, las mil injusticias con nosotros cometidas.

Las grandes riquezas que pródiga nos regaló la Naturaleza, y las cuantiosas rentas de ellas emanadas, nunca se las atendió, y á las segundas no se les dió aplicación que, aunque fuera indirectamente, redundara en nuestro provecho.

En materia de finanzas el Istmo se consideró siempre por nuestros hermanos del centro de Colombia como objeto de obligada explotación, y á tal punto llegó la exageración á este respecto, que la venta de esta querida tierra se propuso con desenfado inaudito por un periódico colombiano, *El Sumapaz*, que circuló á porrillo como para conseguir la germinación de la idea.

¿Y qué diremos de nuestros hombres?—Diremos que, aun que como en todo centro civilizado, jamás nos han faltado notabilidades en todos los ramos del saber humano,—notabilidades hechas por esfuerzo propio—no fueron esas nuestras notabilidades nunca las escogidas, pero sí siempre las llamadas.

La glacial indiferencia de Colombia fué en todo tiempo demarcada para con los istmeños que, hasta ayer, permanecimos postergados á la vera del camino. Fué grande también el egoísta alejamiento en que se vieron envueltos nuestros hombres distinguidos: nunca se les creyó aptos para gobernar siquiera su propio pueblo, ni se les permitió tampoco administrar y asegurar sus rentas. Era ya tan natural la prescindencia que de nuestros hombres se hacía, que como rara anomalía se consideraba el hecho de designar á un istmeño para el desempeño de un empleo público un tanto elevado.

Durante el período gubernamental del Doctor José Manuel Marroquín en Colombia.—*el más triste y que más recuerda los ingratos puede despertar de todos los que registra la historia de aquel desdichado país*,—el espíritu trabajador é industrial estuvo casi siempre á grados bajo cero en el termómetro de la humana actividad. Nada entonces se hizo estable entre nosotros, pues aun los mismos empleados públicos que dependían de aquel gobernante se veían pasar por las regiones oficiales como sombras chinescas. Podemos decir que las leyes que regulan la administración pública de los países civilizados llegaron á sufrir en Colombia trastornos lamentables, y

la anormalidad erigida en sistema, fué en aquella tierra el obligado manjar de cada día.

Así las cosas, nuestro decaimiento se hizo inevitable, y la crisis financiera que existía, fué tomando caracteres de un hecho cumplido difícil de remediar. Ante tamaños males, que de lleno iban á dar en tierra con el cuerpo todo del país,—cuya gangrena moral alcanzaba á invadir sus últimos miembros.—el principio aquel de salvar siquiera un algo del todo que parece, se impuso y surgió la idea entre los istmeños blanca

Como al altar la hermosa prometida;

y la palabra REDENCIÓN repercutió en nuestro territorio aun en el humilde villorrio, y ya con los ricos atavíos de la popularidad, voló á extranjeras tierras donde encontró el reconocimiento de los grandes y el valioso aplauso de los ilustres.

Necesidad suprema era, por tanto, buscar el remedio salvador de nuestro cuerpo territorial agonizante y casi exánime: nuestro mismo estado de hombres libres, nuestra propia historia y, más que todo, nuestra dignidad personal que, por algo así como por un impulso innato, obliga á evitar el sonrojo que siempre produce la humillación, llevó á nuestros hombres meritorios á sacarnos de ese estado casi degradante en que vegetábamos; y probado quedó desde luego que la vida un si es no es nómada, el triste estado de parias y de siervos de la gleba, no se ha hecho para nosotros los istmeños: como que al fin nuestro temperamento, nuestros hábitos y nuestro innato modo de ser, tan sólo saben amoldarse al trabajo que enaltece y á las leyes que regulan y, más que todo, garantizan el fruto de nuestros copiosos sudores.

Fué la contemplación de estos hechos tristemente elocuentes para nosotros, lo que dió impulso al ardor patriótico de uno de nuestros distinguidos hombres públicos—al Representante por este entonces Departamento, Doctor Luis de Roux—cuando en pleno Congreso colombiano, alta la frente y con voz atronadora, dejó constancia en elocuente discurso, de su protesta como istmeño, por el hecho muy significativo de enviárenos de otros Departamentos al nuestro, desde el Obispo hasta el último monaguillo, en el ramo eclesiástico, y desde el Gobernador hasta el último portero en el ramo civil. Y fué tal el grado de corrupción á que llegó esta flagrante injusticia, que Panamá, más que la sección colombiana de risueños horizontes y de un amplio porvenir para el trabajo que todo lo fecunda, era considerada por el Gobierno colombiano como un gran establecimiento de beneficencia, donde se nos enviaba—con raras honrosas excepciones—desampa-

rados de la fortuna, que jamás se mostraron generadores de lo útil, ni de lo bueno.

Que ya, pues, que ha sonado para esta tierra la hora suprema de nuestra redención; que ya que con la nueva República se abre para nosotros campo vastísimo para fructificar; que ya que a nuestros hombres les ha tocado en suerte responder de nuestros destinos, podamos probar al mundo entero, que empinado nos contempla, que nosotros los istmeños,—por esfuerzo y sacrificios propios—somos capaces de gobernarlos y, aprovechando la plétora de nuestras riquezas naturales, hagamos nuestro pueblo feliz é invencible.

Y como la nueva evolución política operada, á cuya sombra vivimos amparados, nos brinda como buena madre, una República que, por lo mismo que es joven, reclama el concurso de todos sus hijos, los más humildes de ella estamos aquí presentes al llamamiento, para compartir con ella todas sus responsabilidades, todas sus desgracias, y, si lo alcanzamos, para participar de su engrandecimiento.

El programa de todo istmeño debe ser, hoy por hoy, defender con tenacidad los grandes intereses de la República de Panamá; levantar el espíritu industrial enantes tan decaído por los defectos y errores de Colombia; tender con la fe y el entusiasmo que siempre han inspirado las grandes causas como la nuestra, á la fusión franca y leal de todos los elementos sanos del país; procurar que reine entre nosotros el olvido de lo pasado, para que así, reunidos en un solo haz, nuestra acción sea uniforme, nuestro triunfo inevitable.

¡Feliz Panamá si, al terminar el período presidencial del prestigioso Mandatario Doctor Amador Guerrero, pudiera ver realizadas, siquiera en parte, sus aspiraciones de hoy, que, sintetizándolas, podrían muy bien condensarse en estas tres luminosas frases: Panamá independiente. Unión indestructible de sus hijos. Prosperidad y engrandecimiento del pueblo!

Entonces podríamos muy bien exclamar, al contrario del mártir sublime que expiró en San Pedro Alejandrino:

No hemos arado en el mar.

(De *El Pacífico* de Puntarenas—Costa Rica).





Algo de Agricultura

(PRIMER ARTICULO).

Sigue siendo por desgracia para nosotros el periodismo político, el obligado manjar con que nos regala cotidianamente la prensa de la Nación.

La transformación política operada en feliz hora para esta querida tierra, y que nos ha dado iniciativa y vida propias, poniendo en nuestras manos todos los elementos poderosos que harán efectiva nuestra futura felicidad, no ha logrado, por desgracia, con todo el patriotismo decantado, acallar del todo las añejas rencillas de círculos, que ya parecían atetargadas para siempre.

Halagadoras para el hombre honrado é industrioso, han sido esas manifestaciones públicas que se han llevado á cabo en esta ciudad en homenaje á la unión y concordia de los istmeños, y nuncio de engrandecimiento próximo y de venturas anheladas, es el Gobierno que, presidido por un ciudadano venerable, vela incansable por nuestros caros destinos.

Todos los pasos, por mil motivos plausibles, dados hasta ahora por el recto mandatario, han alcanzado á ser refrendados por el sello de la opinión pública; porque si bien es cierto que no han faltado voces sustraídas al justo asentimiento, ellas pueden considerarse como esas partes mal ejecutadas que forman la disonancia de un concierto musical.

Reconocida nuestra independencia por casi todos los países del orbe civilizado; implantado en nuestra naciente República un Gobierno legalmente constituido, que inspira confianza en el trabajo, base formidable de nuestro desarrollo económico y fiscal; Gobierno serio que al mismo tiempo

presta seguridad personal, natural es que los istmeños,—á quienes siempre nos ha dominado un decidido amor al trabajo,—demos de manos á esas luchas infructuosas de la política, y abramos un paréntesis á las labores fecundantes que brinda el campo de la vida industrial.

La agricultura, sobre todo, que entraña lo que pudiéramos llamar nuestro pugilato con el suelo, merece por mí títulos entre nosotros atención preferente: tenemos un extenso territorio virgen con climas diversos y diferentes temperaturas; montañas seculares con terrenos feracísimos de inagotables capas vegetales; valles bien regados por la linfa fecunda de lípidos arroyos y caudalosos ríos; tenemos, en fin, un suelo que, en Europa y los Estados Unidos, donde la agricultura implica labor asidua y estudio concienzudo, su valor es incommensurable. ¡Felices aquellos centros si por explotar tuvieran los ricos territorios que la Naturaleza con su prodigalidad tuvo á bien regalarnos! La labranza del suelo atraería, por supuesto, de lleno las miradas de aquellos centros trabajadores, y en ese vasto y siempre fructífero campo de la agricultura, buscarían,—al contrario de lo que nosotros hacemos—la independencia pecuniaria que todo lo fecunda. Vida agrícola, implica vida libre, que siempre supo enaltecer y levantar el carácter. Vida política, tradúcese las más de las veces en esta frase: subordinación é incondicionalidad. ¿Quién entre lo uno y lo otro no opta por lo primero?

Dejemos, pues, á nuestros hombres públicos, dotados de mejores facultades que nosotros para lidiar esa ciencia: la política, sin entorpecerlos en la labor emprendida; antes bien, hagámosles tanto más amplia y vasta su esfera de acción para dirigir á seguro puerto la nave gubernamental; y nosotros los neófitos, los que no nacimos para esas lides, los que todo lo esperamos de la suerte y de la callosidad que en nuestras manos produce el áspero mango del azadón, volvamos los ojos al campo, que, como el mar inmenso para los peces, es nuestro único elemento de salvación.

Ese campo que con tanta indiferencia vemos, ese suelo que pisamos á cada momento sin apercibirnos de sus riquezas, y que, hoy por hoy, no consideramos nada halagador, nos está diciendo con voz estentórea en estos momentos psicológicos de nuestra vida industrial: “¡Venid, vosotros los representantes de la agricultura, á llábrarme, y os regalaré; y os daré en la forma redentora de la pobreza de que habló el Mártir del Calvario: ciento por uno. No olvidéis que yo os ofrezco á precio moderado,—una centena de gotas de sudor,—el sustento de vuestros hijos, fuentes cristalinas donde abreviar, y barato albergue que os caliente en las épocas brumosas de los fríos inviernos y las escarchas. Fedidme, y os daré!”

Y luego, muy bien podríamos exclamar con Agripina Montes del Valle:

A tí, ley redentora del trabajo,—Fuerza descubridora, ley divina, —Poder de un Dios, que de la nada crea.....

(De *La República* de Panamá).

Algo de Agricultura

(SEGUNDO ARTICULO).

Si el usufructo de la tierra es la renta más honrada que se puede conseguir, si ello ha constituido siempre la base formidable del bienestar común; si la horadación del suelo nos da *el pan con el sudor de la frente*, y obliga á olvidarnos del chisme de Corriolo, de la intriga política, de esa emulación, acaso innata, que sufre ó experimenta el hombre por sus semejantes, volverles las espaldas al campo para entregarse á otras ocupaciones menos dignas, más que molicie y pereza puede llamarse fiárrante ingratitude.

Para nosotros siempre fué más meritorio un *leader* en el campo tranquilo de la agricultura, que en el berrascoso é infecundo de la política. Hacerse soberano de las multitudes para arengarlas, exhortarlas, y luego convertirlas en pedestal, dejándolas en la más triste miseria, no puede llamarse patriotismo. El patriotismo en el lenguaje bucólico, ó del campo, consiste en llevar las multitudes á encariñarse con la agricultura, y allí, humildemente ataviadas, y llevando por solas armas el arado y la azada, obligarlas,—como Jefe valeroso que se impone en los campos de batalla—á una lucha á brazo partido con la tierra, este enemigo indefenso que, por cada estocada que le asestamos, brinda por lo menos el alimento de un día. ¡Qué bellas han sido siempre esas batallas que la humanidad empeña con el suelo! A diferencia de esas contiendas inspiradas por la ambición y el odio políticos, que no ofrecen otra cosa que cadáveres, inválidos, ruínas y lágrimas amargas, las batallas que se libran para sembrar la tierra, lejos de traernos la siega de vidas preciosas, son, por el contrario, generadoras de mil medios para conservarlas. Los elementos que en las primeras se em-

plean: el sable, el fusil, el cañón y la ametralladora,—“esos dispensadores de la muerte”—no pueden traernos como consecuencia lógica sino lamentable destrucción; y los que son de uso obligado en las segundas: el *machete*, el hacha, la hoz, el azadón y el arado,—esos conservadores de la humana existencia,—suelen siempre brindarnos, como fruto de nuestros esfuerzos, la abundancia en el granero, base de bienestar y de progreso.

Lamentable es por cierto que no haya entre nosotros ninguno que se dé á la tarea de hacer generosa propaganda en favor de la agricultura, cuando en otros centros, con menos medios que los que nosotros poseemos, no faltan figuras nacionales que toman interés en levantar muy alto esta industria salvadora. Dando testimonio elocuente de nuestro aserto está *La Revista Agrícola de México*. En las columnas de esa importante publicación,—que lee en aquel avanzado país hasta el último labriego,—hemos visto los siguientes conceptos, escritos en lenguaje claro y sencillo, como para que pueda entenderlo el último campesino:

“Lo primero,—dice—que debe hacer cada hombre y cada Nación, es sembrar una huerta. No me hablen á mi de la libertad y otros cuentos, cuando en el país escasean tanto los frijoles. No comprendo la democracia sin legumbres ni frutas. En un país donde no hay pan ni mantequilla, sólo puedo comprender al salteador de caminos. En esta República sólo es libre el hombre que maneja el hacha y el arado, los demás son esclavos de las tortillas”.

“Si lo primero que hizo el Señor en el Oriente del Edén fué una huerta, él supo muy bien lo que hizo; y cada hombre honrado, y cada Gobernante honrado, sin distinción de religiones ni partidos, deberían *con toda su alma servir á la Agricultura*”.

“Sería una vergüenza muy grande para los hombres que ya nos vamos de este mundo que nuestros hijos, que jueguen alegres, tengan que ir á pedir un destino al cuartel. Nadie necesita pedir nada á nadie: Tierra y una hacha es todo lo que se necesita, y hay en todas partes. Lo que hay que hacer es sembrar la tierra desde luego, sin un instante de vacilación. Todo lo demás vendrá por añadidura. Acabo de recorrer mil leguas de terreno que producen café, y todos los brillantes frutos de los trópicos. Cada mexicano que no siembra teniendo donde, es un traidor á la patria y á su familia”.

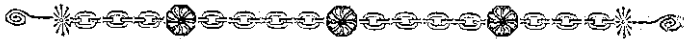
Y si así se escribe en México para inculcar en las masas el amor al trabajo y á las labores del suelo, en ese país donde la agricultura ha alcanzado á dar yá nota muy alta,—como que al fin recibe la inmediata influencia de aquella República don-

de todo es grande: los Estados Unidos,—¿por qué no hacerlo aquí nosotros, donde esa industria es casi nula, apenas incipiente? Tender, pues, á hacerle en nuestro territorio propaganda favorable á la agricultura, dando á conocer á nuestros trabajadores sus ventajas y múltiples conveniencias, será de hoy en adelante en Panama, labor plausible, á la cual deben converger las aspiraciones de todos los buenos ciudadanos. Todos, cual más, cual menos, tenemos que llevar nuestro aporte intelectual y material á servir á esa interesante causa, generadora del trabajo; y sí, como es natural, con el continuo recorrer de ese camino,—que si ahora se nos presenta con algunas sinuosidades, luego se nos hará amplio y expedito,—alcanzamos á darle á la agricultura todo el auge que reclamamos á gritos nuestro carácter de República independiente, nuestra rica posición topográfica por todos envidiada, y nuestra activa y rápida comunicación con el exterior, el triunfo será de incalculables utilidades para la comunidad.

Que venga, pues, en hora buena, nuestra redención agrícola, que ella nos traerá inevitablemente las demás suspiradas redenciones.

(De *La República de Panamá*).





Algo de Agricultura

(TERCER ARTICULO).

Es innegable la influencia poderosa que el desarrollo de la Agricultura ejerce en pro del bienestar económico de los países, y siendo ésta como es verdad inconcusa, salta á la vista la necesidad de atender con entusiasmo y ahinco al fomento de esta industria.

Para no ir muy lejos en la historia, basta decir que los Estados Unidos de Norte América deben su poderío, su influencia civilizadora, su colosal riqueza y maravillosa prosperidad, sólo á la Agricultura. Y si esto acontece en aquel país donde la naturaleza ha escatimado sus favores, y dónde por este motivo ha tenido que ser más constante y ruda la lucha del hombre con la tierra; ¿por qué no hacerlo nosotros que contamos, por suerte, con una fertilidad asombrosa y un clima benigno, á cuyo amparo está llamada la agricultura á producir resultados aún mucho más superiores?

Los halagos y esperanzas que en todo tiempo ha despertado la agricultura en el hombre honrado y trabajador, crecen de punto ahora cuando se presenta á nuestra vista la perspectiva de una inmigración formidable. Celebrado como ha sido en legal y debida forma, por nuestro Gobierno y el de los Estados Unidos, el contrato para la apertura del canal que ha de poner en comunicación los dos grandes océanos, Atlántico y Pacífico, se abre por muchos años una era de trabajos en el territorio comprendido entre esta ciudad y la de Colón, que extenderá su influencia benéfica hasta las últimas breñas de nuestras montañas. La inmigración que nos espera será abrumadora; más de treinta mil personas buscarán albergue entre nosotros, y el problema de difícil resolución que

surge desde luego á nuestra vista, es el medio á que debemos recurrir para atender siquiera en parte, á la manutención de aquel torrente humano. Esperarlo todo del extranjero sería indecoroso: ello desdiría mucho del espíritu istmeño, emprendedor ante todo, y contribuiría asimismo á que nos quedara muy poco de esa riqueza exótica que se nos brindará á manos llenas.

Pretender escalar de una vez la cima, sería—como entregarse á la molición—verdadera insensatez; que nunca fué cuerdo procurar la terminación de la obra, sin antes haberla comenzado; pero empeñarse en echar las bases para, aun cuando sea á la vuelta de algunos años poderle dar solución al único problema que hoy debe preocuparnos, y exhibirnos luego como centro laborioso y exportador, he ahí la obra, acaso más grandiosa que la del canal, cuya realización nos dará gran renombre ante el mundo comercial.

Si iniciados los trabajos del canal, los elementos de vida para atender á la subsistencia de los trabajadores nos vienen los primeros años, como es natural, del extranjero, propongámonos, aunque á ello nos obliguen grandes sacrificios, á que no suceda así en los últimos años de aquellas labores, y muchos menos en los que sigan á la terminación de la obra. Probemos que si ahora en que, como hemos dicho, nuestra industria agrícola comienza, sólo podremos brindar á cada hombre que encuentre ocupación en la excavación del canal, apenas un grano de arroz, otro de maíz, la octava parte de una papa, y no el trigo, porque ni siquiera sabemos cultivarlo, mañana, con nuestro constante batallar, como que al fin nada se resiste al esfuerzo humano, tendremos para cada habitante de nuestro territorio, productos de la tierra en abundancia, y de éstos un excedente tal que nos permitirá sostener lujosa exportación.

No puede haber entre nosotros persona pensante que no acepte que el día en que se dé por terminada la obra grandiosa del canal,—como se dará inevitablemente—el único elemento que nos queda como formidable sostén de nuestro crédito Nacional, es la agricultura.

Gran circulación de dinero es verdad que nos traerán los trabajos del canal: derroche de moneda sonante si se quiere; pero lejanas y recientes experiencias,—como la del tiempo de la California, y la de los pasados trabajos de este mismo canal, bajo la dirección francesa—nos están pregonando que el turbión de ese mar monetario que en ese tiempo se agitará, no nos dejará mucho á todos por igual, hecho que podemos muy bien apreciar, cuando, refrenado nuevamente ese oleaje turbulento, volvamos á nuestra primitiva tranquilidad. Que muchos para quienes el juicio y la sobriedad fué siempre la

norma de sus actos, quedarán con los bolsillos repletos de *águilas amarillas*, es un hecho innegable; pero es también digno de entero crédito que no á todos ofrecerá el banquete monetario abundantes y ricos platos, ya porque la suerte caprichosa no á todos brinda por igual sus apetecidos favores, ya porque una conducta necia puede muy bien llevarnos al derroche, siempre precursor de desastre moral y material.

Como recurso salvador, pues, para aquellos que no fincamos nuestro porvenir en elevaciones momentáneas, sino en la estabilidad, que es consecuencia lógica de labor honrada y trabajo asiduo, está el campo de la agricultura. Allí encontraremos, es cierto, un tanto tardía nuestra redención monetaria, pero ella será inevitable. Una gota de sudor gastada en cultivar la tierra, no se quedará jamás sin su digna recompensa.

Ojalá, pues, que más que los trabajos del canal, nos preocupara el rápido desarrollo de la industria agrícola; y si Dios se dignara concedernos que las que hoy son en nuestro territorio vírgenes montañas, convertidas las viéramos mañana en grandes huertas y valiosas fincas, y que tuviéramos granos en abundancia tal, que pudiéramos consumir y exportar mucho más; nuestro común bienestar no sería efímero, sino que por el contrario, dependiendo sólo entonces del apogeo alcanzado por la agricultura, su estabilidad sería palpable, y llegaría á estar por sobre el de mil y más países civilizados, el crédito interior y exterior de nuestra nacionalidad.

Que no demore la realización de este ideal, son nuestros mejores propósitos.

(De *La República de Panamá*)





Algo de Agricultura

(CUARTO ARTICULO).

Decíamos en nuestro artículo anterior, que, hoy por hoy, más que por los trabajos de nuestro canal interoceánico, debiéramos preocuparnos, por el desarrollo de la agricultura, porque ésta, en todos los países y en todos los tiempos, ha sido de resultados fijos, siempre favorables.

Que vengan en buena hora los trabajos del canal, fuente de riqueza, que contribuirá también á nuestro engrandecimiento económico é industrial, pero aceptémoslos sólo como complemento, no como base de general y duradero bienestar. Los trabajos del canal para la vida larga de las naciones, no son sino mera flor de un día, y la labor de la tierra, generará la estabilidad y exactitud de las evoluciones comerciales, que suelen darle engrandecimiento á los pueblos.

Por todos nosotros, aceptado es el atraso agrícola en que vegetamos, pero ello no debe ser un obstáculo para siempre seguir entusiasmados por el camino amplio que nos brinda la agricultura. En todo país donde ésta ha alcanzado halagadoras proporciones, en donde es por tanto mil veces superior el producto de las exportaciones que el de las importaciones, se ha comenzado, como en toda obra humana, por el principio: se ha pasado de lo menor á lo mayor: la elevación se ha hecho por rigurosa escala.

Ejemplo edificante tenemos á este respecto en la vecina República de Costa Rica: no es su civilización superior á la nuestra, ni su territorio es más extenso ni de mejores condiciones para la agricultura. Lo que allá se ve es el fruto del trabajo, es la natural recompensa que jamás deja de alcanzar el que, con fé inquebrantable, lucha por la realización de un ideal plausible.

En México puede contemplarse algo mucho más halagador. En los Estados Unidos de Norte América,—donde parece que se hubiera dado cita para funcionar toda la humana actividad,—la obra del laboreo de la tierra deja estupefacto al viajero que visita aquel agitado centro, y hace sonrojar á la pereza, y la molicie, espectros siniestros que han hecho vivir en lamentable decadencia industrial á los pueblos hispano-americanos.

Esa misma entusiasta perspectiva que nos ofrece la inmigración formidable de trabajadores en la Zona del Canal, debe alentarnos para sacarle á nuestra tierra los productos que tanto necesitamos. Si la demanda que de éstos se ve venir tiene que ser, por supuesto, extraordinaria, tanto mejor para el hombre industrioso y trabajador, que ve inmediatamente convertido en metálico, en el mismo istmeño suelo, el fruto que consiguió en rudas luchas con la tierra; y si pasa la poderosa demanda aquí en nuestras playas, como es natural que suceda tan luégo como se concluya la obra grandiosa del canal, pensemos que los mercados del exterior no cerrarán, como no las cierran para otros países, sus puertas para recibirnos los productos que cosechemos.

Estas mismas exportaciones, luégo ya de alguna significación, nos brindarán los medios para hacer más civilizada nuestra labor agrícola. Comenzará desde luego el descenso, á la vez que el fomento, y esas herramientas vulgares: la coa, el *machete*, el chuzo, etc., etc., con que hoy se lucha á brazo partido con el suelo, quedarán relegadas á natural olvido.

El método en nuestras labores será asimismo elemento de salvación para nuestro pueblo, que debe comenzar ya á exhibirse industrial. El *yankee* ó americano, que es ejemplo que debemos empeñarnos en imitar en todo tiempo, ha aplicado el método á todas las industrias, sobre todo á la agrícola, y así vemos que en cualquier ramo que sea, todo lo hace de cierta manera determinada, buscando siempre lo que se haga más pronto y dé mejores resultados.

No quiere esto decir que haya rutina en lo que dejamos dicho, por el contrario, vemos en el *yankee*, á la vez que un carácter dominante por lo emprendedor, un espíritu excesivamente innovador: “te gusta probar lo nuevo y buscar siempre lo mejor de lo mejor, no parándose para conseguirlo ni en gastos, y mucho menos en trabajos”. A cejar en éstos no lo gran obligarlo ni los grandes obstáculos con que la naturaleza los regaló en su territorio, antes bien, las grandes contrariedades que se le oponen en el camino que emprende, y, sobre todo, en el de la agricultura, siempre logra vencerlas, haciéndole al mismo tiempo aguzar más y más su ingenio.

“La variedad de las estaciones en los Estados Unidos, ha obligado al hijo de aquella tierra á ser metódico á todo trance y á formar una verdadera ciencia de la agricultura; teniendo poco tiempo de que disponer durante el año para la labranza de ciertos frutos, ha dedicado toda su energía á la consecución de lo que le dé mejores resultados durante ese tiempo, y para poder hacerlo, hubo de apelar á medios mecánicos que ha ido perfeccionando cada un día más. Dígalo si no la venta que los instrumentos de agricultura americanos tienen en todo el mundo, y las falsificaciones de esos instrumentos que se hacen en Europa con el objeto de satisfacer la demanda de productos americanos que hay en todas partes”.

“En los Estados Unidos florece la agricultura porque el agricultor obliga la tierra á producir los frutos que quiere, y no descansa aunque logre su objeto, sino que continúa hasta perfeccionar sus métodos y los accesorios que emplea. Si esto no hubiera sido así, la agricultura en aquel país no valdría nada: pudiera compararse con la de otros países en donde no es más que un medio de ganar la vida sin perfeccionamientos, sin entusiasmo y sin nada que indique deseo de prosperar en ese sentido”.

Si pues no tenemos ese obstáculo de la variedad de las estaciones, porque sabido está que bien determinadas en nuestro territorio no tenemos sino dos: invierno y verano; si es innegable y por todos reconocida la feracidad del terreno, hasta el punto de poder producirse,—como se ha ensayado ya en muy insignificante escala,—los frutos de todos los climas; una vez que de éstos sí tenemos en nuestro territorio, puede decirse, un lujoso muestrario, ¿por qué dar de mano á una riqueza que se nos brinda con prodigalidad? Dejar de utilizar un bien que se nos ofrece, no es ni siquiera humanitario: nuestra propia conservación nos impulsa á proceder de muy distinto modo; y como es innegable que el brillante porvenir nuestro,—y no sólo nuestro, sino de la América latina entera,—consiste únicamente en el desarrollo de la agricultura, de ahí nuestro afán de levantar el entusiasmo agrícola en el Istmo, porque comprendemos que la agricultura es y será en todo tiempo fuente de riquezas, que no tendrá jamás como otras negociaciones la vida efímera de los neurópteros.

Por suerte, nuestro hombre del pueblo, nuestro campesino, nuestro peón, nuestro labrador, como quieran llamarlo, no sabe que cosa es pereza: sólo necesita de buena dirección para proceder con acierto y sacar de sus esfuerzos mejor fruto. Lástima, tristeza grande produce hoy entre nosotros ver un pobre campesino encorvado todo un año, *desyerbando*, con un pedazo de *machete*, la hectárea de terrenos que sembró de arroz ó de maíz, lo que, más bien que trabajar, pudiera lla-

marse vegetal. Así cada uno en su esfera consigue cosechar, á lo sumo, el grano que alcanza á sustentar su familia durante el año: no tiene, porque no puede, más amplia aspiración; pero procede así más por falta de elementos que por molición ó negligencia, pues hasta la idea de la asociación la ha concebido, y la suele poner en práctica con el sistema entre ellos denominado de *juntas*.

Si dadas estas costumbres, ese modo de ser, y el hábito del trabajo innato en nuestros campesinos, ó peones, tuviéramos agricultores,—porque debe tenerse en cuenta que existe gran diferencia entre el agricultor y el peón,—que se encargaran de dirigirlos, que se propusieran esforzarlos y llamarles la atención al uso y empleo “de métodos que no sean los que desde tiempo inmemorial no han cambiado; hacia el uso de maquinarias perfeccionadas que reemplazan” la coa, la *daga*, el *machete* y el *chuzo*, que todavía conservan la herrumbre de los primitivos tiempos, nuestra suerte sería muy otra.

Es al agricultor, que siempre maneja capital, que emprende el negocio con miras amplias y más elevadas, que tiene iniciativa, hija del estudio, y que se empapa en la lectura de todo cuanto se relaciona con la ciencia de la agricultura, á quien le incumbe, en primer lugar, ser iniciador de nuestra resurrección agrícola, porque el pobre campesino, el triste peón, que entre nosotros labra la tierra, no podrá jamás por sí sólo ni redimirse, ni redimirnos. Al paso que lleva, sin la ayuda poderosa y efectiva de los hombres que aquí deben tomar á su cargo el fomento de la agricultura, permaneceremos estacionarios; y pasará el tiempo, y con éste los años y los siglos, y el mismo atraso agrícola que hoy lamentamos, será el natural y ridículo resultado.

Si la ayuda eficaz del agricultor no surge, si la iniciativa falta en momentos como los presentes en que tanto la necesitamos, nuestros campesinos, ó peones, la clase proletaria y nosotros mismos, pasaremos á la triste categoría de *Penélope*: tejer para destejer, trabajar para consumir, y nada más.

A pensar que así no sucederá nos obliga la necesidad que, hoy más que nunca, sentimos de tener agricultura propia, y el bienestar pecuniario de los principales hombres de nuestra tierra, que, entusiastas, se encargarán de dirigirnos por la senda del progreso general.

(De *La República de Panamá*).



La Reorganización

Hace cosa de unos siete meses que entró Panamá à figurar en el número de las naciones independientes y libres, y hace el mismo tiempo que aceptó, como era natural, la responsabilidad solidaria de sus propios actos ante la civilización del siglo que comienza.

Coronada la aspiración suprema de nuestra pacífica separación del resto de Colombia con el reconocimiento general de la nueva nacionalidad, y la elección popular para primer Presidente de la República, recaída en el probo y recto ciudadano Doctor Amador Guerrero, la idea de nuestra reorganización política flota en todos los cerebros como único elemento de salvación de nuestros comunes intereses.

Lejanas como recientes experiencias nos están diciendo que los sistemas antes ensayados no pueden hacernos llegar allá donde convergen nuestras aspiraciones de hoy, porque la nueva vida por que hemos entrado, si cierto es que ha traído nuevas necesidades, también lo es que nos brinda fáciles y mejores medios para remediarnos; siendo nuestros males—si los hay—recientes, una vez que todavía apenas estamos en la alborada del nacimiento, no es posible que puedan resistirse al medio curativo que contra ellos empleemos. Mejor dicho, contamos ahora con grandes bríos, con nuevas y legítimas aspiraciones y mejores esperanzas para acometer la empresa, que convida a laborar. Laboremos, pues, y si acaso todos no somos los llamados porque no todos los hombres tenemos una misma época, preocupémonos si por ser todos los escogidos, que en la tendencia patriótica de servir á la Patria, no debe ningún buen ciudadano dejar de ofrecer su óbolo, ya sea éste humilde ó valioso.

La aurora de regeneración que hoy alumbrá á Panamá, es muy otra á la de otros tiempos, y un nuevo itinerario recorre

en la época presente nuestra sociedad política. "La lucha de las dos corrientes encontradas fué larga y aun sangrienta. La vida triunfó al fin de la muerte, de la ensañada resistencia no quedó más que el sudario"; y aunque es cierto que somos los mismos hombres los que figuramos en el escenario, también lo es que nuestra propia conservación nos obliga á fusionarnos, á abandonar antiguos perniciosos hábitos y resabios, y á declarar caducado el viejo sistema de aparcería, generador de males tan lamentables.

Las banderas que inspiraron aquellas pasadas luchas, no flamean ya en nuestro territorio al favor de las brisas nacionales, y las glorias en aquéllas alcanzadas, pasaron á tener eterno ocaso, porque, al contrario del astro rey, no habrá para ellas periódicas auroras. Somos los mismos hombres, es verdad; pero el aspecto aterrador de comunes desgracias nos atempera para cesar en la hostilidad. Con creces hemos expiado nuestros desaciertos en época de la política colombiana y los mismos sufrimientos y las mismas amarguras de ayer, nos impondrán de hoy en adelante una adoración continuada al ídolo de la paz, y con ello, mucha fe en los corazones, mucha calma en las conciencias. "Si como es de esperar lo esta atmósfera nos envuelve á todos,—á despecho de escrúpulos necios, de vanidades y de recuerdos penosos de ofensas irrogadas—los hombres tomarán gradualmente la forma moral que las circunstancias determinen, y no es aventurado asegurar que llegaremos al fin al general, definitivo apaciguamiento".

En el ancho molde que nos brinda la nueva nacionalidad, existe un lugar para cada hombre, pero para cada hombre de buena voluntad que, como buen artífice, quiera contribuir á la edificación de la obra nacional.

No es tiempo ya de discusiones sino de laboraciones, y nada más. La propaganda se hizo por necesidad *sotto voce*, pero surtió el efecto anhelado; no faltaron hombres bien animados que se encargaran de darle forma práctica; y si eso se hizo entonces y la cordura y la discreción fueron elementos salvadores, ¿por qué no hacer hoy lo mismo cuando la voz amiga y consoladora de nuestro primer gobernante nos llama á colaborar en la obra portentosa de la reconstrucción administrativa? Hoy por hoy, no es cuerdo fomentar divisiones perjudiciales. "De nuestro pasado político se apagó hasta la luz de la experiencia adquirida. No nos queda sino un presente halagador que convida á todos á prestar su concurso sin depresiones ridículas, sin esa triste falibilidad de la política de intrigas".

"Los tiempos que vienen, por no decir los tiempos en que ya nos encontramos, reclaman esfuerzos adicionales de parte

de todos los hombres que figuran en el escenario de la política”.

Labor mil veces suicida será la de todo ciudadano que, en estos momentos que pudiéramos llamar supremos,—á fuer de gastar humos patrióticos y de decantar susceptibilidades heridas,—se dé á la tarea antipatriótica de producir en el cuerpo sano aún del gran partido que convirtió en hecho la idea de nuestra separación del resto de Colombia, las escisiones enantes tan lamentadas, con perjuicio de los grandes intereses pre-comunales, y, si es posible, hasta con el sacrificio de nuestra integridad republicana.

Si hasta hora hemos tenido la suerte de sacar ileso el pendón nacional, y de salvarlo de todo peligro por los esfuerzos aunados de la razón y el patriotismo, nuestros generales intereses y, como hemos dicho ya, nuestra propia conservación, nos están gritando que es esa la senda expedita que debemos seguir, ese el camino amplio que nos indica el deber y los dictados de la sensatez.

Si la idea de nuestra separación, convertida en hermosa realidad el día 3 de Noviembre, fué grande por el patriotismo que la generó, la fomentó y la llevó á la práctica, también lo fué porque ella, á la manera de las aguas del Leteo, produjo el olvido eterno de nuestros pasados errores, que fueron fuente fecunda de sinsabores y discordias que nos llevaron como por la mano á una triste degradación. Esa idea salvadora del principio supremo—digámoslo así—lo será también de los caeros intereses de nuestro pueblo que, hoy por hoy, tanto preocupan á los hombres encargados de dirigir nuestros destinos. Esa idea lejos de encarnar divisiones y escisiones profundas, es emblema de fusión; que ésta se eternice en nuestro pueblo, es y será siempre el supremo ideal de los istmeños. “Nuestro pueblo ha entrado ya en la época vívida del criterio, y no hay forma de extraviarlo hoy con falaces palabras. La prédica no vale más que el predicador, y las más patrióticas protestas que la sinceridad no sanciona, no hacen más que agravar ó ratificar la funesta tendencia al escepticismo, que es la enfermedad moral dominante de la presente época”.

Hastidados estamos ya de la propaganda redundante de los falsos profetas políticos: hoy no es, no puede ser el nuestro campo á propósito para hacer fructificar la semilla que ellos pretendan sembrar. La hora nefanda y terrible de las sangrientas luchas civiles, no suena ya desde el glorioso 3 de Noviembre, en el reloj de nuestros destinos. Aquella época, para nosotros nunca olvidadiza—como que al fin nos hizo vivir sumergidos en un mar de múltiples desgracias—no vol-

verá más para los istmeños. Ya no llenarán más las páginas de nuestras hojas oficiales, la lista de las viudas, de los huérfanos y de los mutilados en el incesante batallar. En el prolongado período de vida de nuestra República independiente, no tenemos ni ligeros paréntesis abiertos para la anormalidad. Todo en nosotros convida hoy á la labor y al trabajo honrado; y convergiendo como convergen nuestras aspiraciones á un mismo y noble fin, (como que al fin somos nueva nacionalidad que necesita encarrilarse para su pronto engrandecimiento) siendo éste entre nosotros tenaz empeño de tirios y troyanos, cabe muy bien preguntar: ¿Tenemos acaso en los asuntos públicos materia de apasionamientos? ¿Tiene hoy explicación ó fundamento lógico la existencia de diferentes partidos políticos? ¿Puede haber hoy entre nosotros verdadera lucha de credos? No lo creemos. Dimos de mano con nuestra separación de Colombia á un período trágico que debemos y estamos obligados á olvidar. "Hoy tenemos los halagos de hermosos albores de mejores días". El Gobierno que en la actualidad rige nuestros destinos, lleva en sus manos el estandarte de la paz y del progreso y señala el derrotero. Como la confusión fué tan profunda y de tanta duración, su obra, como es natural, debe empezar por el *alpha* de la política, que es el establecimiento del orden natural. Sin paz completa, continúa, no puede haber salud social y sin ésta ningún género de progreso sólido puede esperarse".

Ante perspectiva tan halagadora, ante el porvenir risueño que nos espera, no queda otro camino para todo buen ciudadano que el que el patriotismo indica: rodear al Gobierno: y, si para seguir esta senda tenemos en nuestro favor un Gobernante como el que hasta el presente dirige, como experto piloto, la nave que ha de llevar á nuestro pueblo á codiciado puerto de salvación, no es dado que á los istmeños nos quede ni aun el recurso de la meditación antes de seguir la vía que la gratitud nacional aconseja.

La política de atracción establecida; sin egoísmos siempre perjudiciales, nos está diciendo que en la primera Magistratura de nuestro país, tenemos una gran cabeza y un gran corazón; una gran cabeza que solo alienta nobles concepciones, y un gran corazón que sabe hacer suyos nuestros propios triunfos y desgracias. *Atraer no repeler*, es el lema del actual Gobierno, y si con todo surgen siempre los falsos profetas desoyendo el llamamiento del digno Gobernante, culpa no es de éste, que en las convocatorias que á menudo hace á nuestro pueblo para elaborar en la obra nacional, nunca falta la palabra *concordia*. Salvarnos de una catástrofe terrible quiere nuestro Gobierno, y para alcanzar el fin deseado, ne-

cesitamos rodearlo y reorganizarnos como simples miembros como soldados y, si llega el caso, como apóstoles. Pensemos mucho en que el Jefe del Gobierno, que vela incansable por suerte, "es de los que creen que en el reinado de la libertad la proserpción es un suicidio".

(De *La República* de Panamá)



El Gobierno de Panamá

Y "LA REPUBLICA" DE COSTA RICA.

Si un hombre insulta los altares, la santidad conyugal, la decencia y la probidad, y, sobre todo, al sexo débil: á la mujer, y luego grita: ¡Patria! ¡Patria!.....no le creáis, que es un hipócrita del patriotismo, un pésimo ciudadano, Así cuentan que exclamaba Silvio Pellico, y así exclamamos nosotros ahora al contemplar la actitud asumida por "La República" de San José de Costa Rica, contra el Gobierno que, en hora feliz para nosotros, preside con notable acierto el digno y probo Doctor Amador Guerrero.

No esperábamos jamás que después de la primera correspondencia hostil que en el aludido periódico se le endilgó á algunos de los principales hombres públicos que ahora dirigen la Administración Pública, saliera otra producción, como ha salido, en el número 6,265, de dicho periódico, en lenguaje más procaz, en estilo más inusitado, revistiendo caracteres más apasionados, y probando á las claras, que en la labor emprendida, existe gran dosis de mala fe, mucho de sistema, y pacto formal de convertir las columnas de aquel diario en algo más que en cátedra de difación contra el Gobierno de este país.

Que el proceder es sistemático, lo prueba el hecho de obedecer ciegamente la Dirección y Redacción de aquel periódico, á las indicaciones que, desde esta ciudad, le hace un si es no es círculo liliputiense de gratuitos descontentos, entre los cuales, Redacción y descontentos, median efectos emanados nada menos que de vínculos fraternales; y el hecho de haberse constituido uno de esos descontentos, (cuyo nom-

bre no ignoran ya los amigos del Gobierno en esta ciudad, en fuente de información, que nada de raro tendría desempeñar tal cargo, si no fuera porque hay en quien lo desempeña en esta vez, falta de honradez, existiendo como sólo existen, las faltas apuntadas, y las grandes inconveniencias que se dicen generadas por los malos procederes del Gobierno, en el cerebro del *solicito* informante.

A buen seguro, que si honrada, y franca, y justa, fuera la oposición que se trata de establecer; que si se prestaran á censura todos los actos de este Gobierno; que si verdad hubiera en lo que con desenfado extraordinario dice aquel periódico por inspiración del informante panameño; que si los desaciertos, que dicen, en verdad se cometieran; y si fuera un hecho innegable que existen otros istmeños más honrados, más patriotas, y mejor interesados por el bien del país que los que hoy tienen á su cargo la ponderosa tarea de gobernar, la oposición tendría aquí mismo, en el teatro de los acontecimientos, un órgano de publicidad que fundara, como sería natural hacerlo, la censura honrada, si el Gobierno diera motivos para ello. Censura de esta índole, si cabía, redundaría entonces en beneficio del público, porque el Gobierno morigeraría sus malas tendencias, si llegaba á adquirirlas, y los señores opositoristas servirían así de mejor modo, los *caros intereses de su causa*.

Por eso extrañamos el objeto de nuestro propio descrédito en el exterior, en un país que en nada puede influir en el cambio de Gobernantes nuestros, que es el ideal soñado de ciertos personajes improvisados aquí; y como lo que allí se diga, no podrá jamás reformar la opinión de nuestro pueblo ni ganarle secuaces al INTERÉS que se persigue, he ahí que lo que ahora se sueña no se conseguirá, porque por medios tan vedados, y poco consonos con la justicia humana, no se va á hacer variar el rumbo,—sin motivo que justifique el procedimiento,—á la nave gubernativa, que, mal que le pese á unos cuatro, sigue su largo viaje por mar bonancible y al impulso de brisas favorables. Por eso consideramos que si se hostiliza este Gobierno, que nada teme, porque vive nutriéndose de la savia moral que le brinda la justicia que siempre informa todos sus actos, se debe luchar con toda la franqueza que inspiran los grandes y nobles ideales; á la luz meridiana, para que el pueblo vea y aprecie de que lado está la justicia; pero no en la forma en que se hace hoy, solapada, sin entereza, sin firmeza para compartir con los que *puedan* seguir esa oposición, la responsabilidad de todos sus actos.

Para servir bien á esa causa que, á veces se trata de fomentar, y otras de esquivar,—según sea la perspectiva de entrada al Gobierno que se le brinde ó alcance á vislumbrar

el que se le dice opositorista,—hay necesidad suprema de definirse, disponerse á no servir á dos señores, de ser franco en la lucha y dejarse de oposiciones á sorro voce, como se quiere estilar ahora entre nosotros. Mientras así no suceda, el Gobierno no tendrá de qué arrepentirse ni es verdad que le pueden sugerir preocupaciones, ni los dardos que se le ases-ten en extranjera tierra, ni ese vago rumor de censura que aquí algunos quieren conservar latente, pero con temor de soltar el antifaz, porque nuestro pueblo, advertido yá para no dejarse sugestionar por falsos profetas, no quiere seguir siendo el eterno sacrificado de las horas difíciles.

Que venga en hora buena una decente oposición,—si es posible por ahora improvisaria,—que en nuestro campo, alta la frente y con espíritu sereno,—y en el lenguaje humilde y sencillo con que solemos trasladar al papel nuestros pobres pensamientos,—estaremos siempre de pie en defensa de los fueros del Gobierno; porque nacidos aquí como somos, y conocedores, por consiguiente, de la índole y natural modo de ser de cada uno de nuestros hombres públicos, no llegará el momento de dejarnos impresionar con cantos de fingidas sirenas, muy en boga en recientes pasados tiempos. Empero, si de la discusión resultare comprobado el error de nuestro lado, y la justicia del otro, así lo reconoceríamos, con esa misma firmeza y honradez con que hoy defendemos á nuestros Gobernantes; porque convencidos estamos de que reconocer úno sus propios errores, algunas veces casi fué más plausible que poseer la misma virtud.

Con todo, dudamos mucho que haya entre nosotros quienes mejoren—teniendo en cuenta la faz sobresaliente de cada cual,—el personal actual de nuestro Gobierno; porque si cerebros mejores existen, en parte, á éstos no va aunada la buena fé y la voluntad que animan á nuestros Gobernantes de hoy en pro de los grandes intereses de nuestro laborioso pueblo: éste, el pueblo del Istmo, ha sido desde que se inició nuestra separación, el supremo ideal del actual Presidente de esta República.

Tratar de impopularizar la política amplia y moderada que ha implantado en este país el Doctor Manuel Amador Guerrero, diciendo que uno de sus hijos es Cónsul en Hamburgo, otro en Nueva York y que su cuñado don Ricardo de la Ossa es Cónsul en una de las ciudades del Perú, es escribir con-lógica trasnochada; porque no es cierto que con argumentos tan baladíes pueda socavarse el Gobierno meritorio de nuestra República. Insensatez, y grande, hubiera sido designar á dichos señores para el desempeño de aquellos honrosos cargos, si ellos no fueran hombres de luces, que han recibido esmerada educación; que poseen la grande expe

riencia que dejan los viajes; conocedores mejor que muchos istmeños de los centros civilizados en que ejercen sus delicadas funciones; en suma, si ellos no hubieran los puestos que desempeñan; pero poseyendo esos caballeros esa cualidad que los hacen recomendables á todas luces, y teniendo ellos derecho, al igual de los demás ciudadanos en pleno ejercicio de sus legítimas aspiraciones, para servir al país con sus méritos y decisivas influencias, resulta á las claras que lo insensato habría sido privarse de esos servicios, *sólo por la razón muy lógica*, (según *La República* de San José), de ser hijos y el otro pariente de nuestro prestigioso Presidente.

En ningún país fué cuerdo jamás razonar así, y para no ir muy lejos en lo que dejamos dicho al respecto, ábrase el libro siempre elocuente de la historia, y dígasenos si lo mismo no acontece en todas las latitudes.

Si por el contrario, el *informante* de Panamá, hubiera hablado de actos ilícitos de esos señores en el desempeño de sus funciones,—cosa harto difícil de que pueda suceder,—nada diríamos por ello, y aun el mismo Doctor Amador con esa rara independencia de carácter que le es peculiar, habría aceptado la responsabilidad que le hubiera cabido por haber hecho los aludidos nombramientos. Pero no ha sido así, antes por el contrario, podemos decir que la personalidad política del distinguido joven don Manuel M. Amador, nuestro Cónsul en Hamburgo, estaba formada antes de la Administración Pública que ha pocos meses se inauguró, en medio del regocijo de tirios y troyanos, en nuestra joven nacionalidad. Ya el joven Amador, al amparo del trabajo que todo lo dignifica, había fundado en esta culta sociedad un hogar honrado; ya, por su competencia, y por ser considerado elemento necesario en achaques de finanzas, había desempeñado el delicado cargo de Administrador General de Hacienda; durante la Administración Pública del último de nuestros Gobernadores de Departamento, el señor Obalía, desempeñó el joven Amador el cargo de Secretario de Hacienda; y durante la época, asaz delicada, en que tres meritorios ciudadanos llevaron á cuestras la responsabilidad de la Junta de Gobierno Provisional, tuvo á su cargo el mencionado joven Amador la importante Cartera del Ramo de Hacienda. Todo abona de manera elocuente á los jóvenes Amador; y no creemos nosotros que los demás istmeños, á quienes se les ha encomendado la misión de representarnos en el exterior, estén en mejores condiciones morales y sociales para mejor cumplir los deberes inherentes á sus cargos. Si lo contrario se nos prueba, con hechos palmarios que no dejen lugar á duda, no con cargos fingidos, que sólo radican en la imaginación calenturienta de detractores de oficio, entraremos en razón, y, como hemos dicho yá,

no tendremos inconveniente en confesar el error en que hemos vivido.

Si como se ve, ninguna fuerza para desvirtuar la ardua labor política de nuestro digno Mandatario, puede tener por este lado la censura sistemática de *La Republica* de Costa Rica, menos daño podrá todavía hacerle, el hecho de decirse en ese mismo diario, que el señor Alcalde de esta ciudad Capital lo es el estimable caballero don Francisco de la Osa. Si esto puede llamarse cargo contra un Gobernante digno, declaramos, á fe de hombres honrados, que no alcanzamos á ver los que formalmente puedan hacerse al Doctor Amador; porque nadie ignora aquí que si el señor de la Osa es aún Alcalde de este Municipio, esto no puede obedecer á influencias de nuestro digno Presidente. Relegado al más temerario olvido por muchos de sus amigos de hoy, estuvo por largos años el Doctor Amador. Ningunas influencias podía hacer valer este distinguido hombre público, cuando los Gobiernos que se sucedieron en el extinguido Departamento, después de la sel-tida muerte del señor Manuel B. de la Torre, fijaron sus miradas en el señor Francisco de la Osa, como perfectamente capaz de secundar en la Alcaldía al lamentado señor de la Torre. De entonces para acá no ha tenido el Municipio de Panamá otro Alcalde, y si el señor de la Osa se ha sabido conservar en el puesto más difícil de desempeñar entre nosotros, cúlpense sus merecimientos y plausibles labores, que no de otro modo sus Jefes inmediatamente superiores que se han sucedido,—y en cuyas facultades estaba hacer aquel nombramiento,—lo hubieran seguido designando para continuar en el desempeño de esas mismas funciones. No vemos, pues, la responsabilidad,—si puede haberla,—que pueda aparejarle al Doctor Amador, el hecho de que el señor don Francisco de la Osa continúe en el puesto que actualmente desempeña; y no se diga que este hecho puede considerarse como una imposición, porque á hijos honrados de nuestro pueblo, de la clase proletaria, de la gente que aquí vulgarmente suelen llamar del color, hombres que siempre acostumbran á hablar con el alma en sus amistosas confianzas, les hemos oído decir, con franqueza brutal, que es más meritoria aún, que el señor de la Osa es una necesidad en la Alcaldía de este Distrito; y á hombres públicos desinteresados, de claro y envidiable criterio, que nunca han solicitado nada, nada en lo absoluto, del Presupuesto, les hemos oído exclamar:—“El señor de la Osa es irremplazable en la Alcaldía de Panamá”.

Largo, muy largo, sería seguir enumerando de estos episodios de corrillo en pro de nuestro diligente y popular Alcalde, que siempre ha velado por los caros intereses de este centro culto: del que en las horas difíciles, nunca dejó de

concurrir risueño á cumplir la consigna que fuese, una vez que nuestro pueblo que lo conoce y aprecia, y sabe bien distinguirlo, comprende que los cargos que se le hagan por la prensa interesada, no podrán menoscabar las simpatías de que goza entre sus conciudadanos.

¡Feliz el Doctor Amador que, en los ya largos meses de haber asumido las funciones de primer Presidente de esta República, sólo se le hacen cargos,—si así se quieren llamar,— como los que dejamos apuntados; lo cual, en nuestro humilde concepto, puede traducirse en sintoma favorable de que el camino político emprendido, es el que mejor puede llevarlo á hacer la felicidad de este pueblo generoso, trabajador, que tanto lo aprecia y lo distingue.

No escribimos nosotros para los lectores, que no examinan siquiera la solidez de las pruebas, mientras éstas no vengau envueltas en hermosas imágenes; y que no aplauden ninguna clase de pensamientos, mientras éstos no desfilen ante sus ojos en un torrente de elecuencia encantadora, porque bien sabemos que no es cierto "que el suelo de los trópicos dé rosas sin que nadie las haya cultivado".

Por eso, nuestra arma poderosa al salir en esta situación solemne en defensa de los fueros de nuestro actual Gobierno, no es otra que la verdad, expuesta, por supuesto, con el ropaje burdo de muy humildes harapos; y como cada cual hace en la esfera de sus facultades lo que le den sus propios esfuerzos, he ahí que nosotros, que de observadores si nos preciamos, vivimos aquí de sorpresa en sorpresa con los acontecimientos que se suceden en lo político, y que á veces asombran al más exagerado patriotismo.

Le pasa á nuestro Gobierno con el pueblo istmeño, lo que á los hombres públicos tanto aconsejaba Setauti. Les decía: "procuren estar bien con todos, pero no fien de todos". E te es el mal. Nuestro Gobierno, con sus procederés, equitativos y justos, se ha hecho de las gratas simpatías del pueblo en nuestro país, pero no co fía de todos los que lo rodean, pues si de *puro cándido* confiara, haría degenerar la Administración Pública en un verdadero carnaval.

Tenemos por tanto, como es muy natural,—para establecer el contrapeso de ese mismo Gobierno,—uno que otro descontento, que, con falaces promesas quieren convertir el pueblo panameño.—sólo el panameño de la capital,—en instrumento dócil como un cerrojo, para llevarlo de aquí para allá á secundar sus tendencias puramente antipatrióticas. Como se observó en no lejano día, este pueblo viril que en más de una ocasión ha probado su altivez y prudencia, harto ya de amargas experiencias, se niega hoy á secundar interesadas aspiraciones; porque sabe bien que el día del triunfo soñado

Por otra parte, no vemos por ahora sino acierto y honradez en las labores del Gobierno: en la primera y más sobresaliente de las Carteras, está el estimable caballero señor don Tomás Arias, á quien distinguen cualidades poco comunes en los hombres de Estado. Ciudadano de méritos indiscutibles para el cargo que desempeña, levantando por esfuerzos propios, de práctica en el manejo de los asuntos públicos, hoy que su esfera de acción, por los acontecimientos que se han cumplido, no es tan limitada, brindará al país en el empleo que ejerce, todo el bienestar que sus elevadas miras se proponen. En la segunda está el Doctor de la Espriella, istmeño de corazón, que se ha distinguido siempre por su honradez y acuciosidad en el importante ramo de la Hacienda Pública. En la tercera está el señor don Nicolás Victoria J., quien con su inteligencia y versación en el Ramo de Instrucción Pública, levantará ésta, no muy tarde, á la envidiable altura que todos anhelamos. Y en la cuarta Secretaría está el prestigioso General don Manuel Quintero V.,—verdadero fenómeno de simpatías en esta tierra de sus afectos,—que con sus conocimientos prácticos de las imperiosas necesidades del país, con ese espíritu trabajador que le brindó la misma humildad en que se ha levantado, con su entusiasmo é inteligencia, con su amor desmedido por nuestro territorio, y su interés palmario de engrandecerlo, dejará grabado en las Obras Públicas que lleve á término feliz, el nombre de nuestro distinguido primer Presidente Constitucional.

Como se ve, existe en el Gobierno que hoy administra y vela por los grandes intereses del pueblo istmeño, la representación formal, equitativa, honrada de todos los elementos que constituyan los partidos políticos en época de la dominación colombiana. Con todo, no contento el alto Magistrado con la amplitud de miras ofrecidas, quiere hacer derroche de éstas, y con actitud sincera, generosidad palmaria, y voz vibrante y consoladora para el patriotismo, le ha dicho al pueblo istmeño en distintas solemnes ocasiones,—á imitación del ilustre Caro á los colombianos,—que “en el ancho molde de su Gobierno encontrarán siempre halagadora cabida todos los sanos elementos”.

Entremos, pues, á colaborar con desinterés en la obra, que si por ahora pocos son los escogidos para los puestos públicos más sobresalientes, mañana esos ciudadanos, causados ya de la labor ardua, nos cederán, el puesto para luego terminar nosotros con nuestro insignificante grano de arena, la obra redentora que, nuestra patriótica fantasía nos hace contemplar, no tan lejos, como los mirajes del desierto.

Pensemos que procediendo así seremos consecuentes con el virtuoso Magistrado que se preocupa por nuestra suerte; y

pensemos también que ese mismo Doctor Amador que es hoy nuestro Jefe en el Gobierno, fué el hombre extraordinario de ayer, que, en esa gran crisis de nuestra sociedad, que se llamó TRES DE NOVIEMBRE, escogió la mano misteriosa que vela por los destinos del Universo, y lo tuvo en reserva; y cuando el momento solemnísimó llegó, este mismo hombre fuerte se presentó, y marchó sin saber él mismo para dónde iba, pero marchó con paso firme á cumplir el alto destino que el Eterno le había señalado en su frente.

(De *La República* de Panamá.)

Reflexiones.

(PRIMER ARTICULO).

Aquellos que de buena fe mediten sobre la suerte de esta privilegiada tierra, y todos los que hagan recuerdos de lo que fuimos cuando formábamos parte de la infortunada Colombia, tendrán que convencerse de que estamos malgastando el tiempo lastimosamente y de que si seguimos fomentando agitaciones políticas, sólo trabajaremos para que impere el desorden y para llevar á cabo la destrucción del edificio nacional.

Dicen que el célebre francés Andrés Cheniér, antes de inclinarse para recibir el golpe mortal de la guillotina, exclamó tocándose la frente: "es lástima que yo muera cuando había aún algo aquí". Asimismo los istmeños que veían á Panamá desaparecer de la escena del mundo político, exclamaron también: es lástima que esta tierra se pierda cuando todavía tiene mucha savia moral en sus entrañas.

Iniciada la anhelada nueva vida, y al favor de la bella índole del pueblo y de sus elevadas tendencias, se pensó tan sólo en levantar esta tierra á la altura que le corresponde, dando el importante papel que está llamada á desempeñar en el movimiento comercial y político del mundo, y en justificar el TRES DE NOVIEMBRE, viviendo en paz, al amparo de la concordia y de la unión, pues no para otra cosa que para dignificar-

nos con nuestra elevación rompimos los estrechos lazos de confraternidad que nos mantenían formando parte de Colombia.

Por desgracia, ya á la fecha hemos retrocedido á los tiempos ingratos de las *libertades públicas*, á la vida de agitaciones y de luchas, á la política de aparcería y de intransigencia, al furor de discursos y aonadas, á los artículos sediciosos y escritos sensacionales, y casi, puede decirse, que á las antiguas *folliscas*, tan sólo porque algunos no se conforman con ver en el Poder á un ciudadano meritorio que, mal que les pese, representa la más genuina voluntad popular.

Demagógicas tendencias se caracterizan en todos los actos de la oposición que hoy con fútiles pretextos se le hace al Gobierno, y si no fuera porque la fudole de nuestro pueblo es sana por todo concepto, ya hubiéramos presenciado horrorosas escenas de sangre como la que tuvo lugar en Cartagena, un ocho de Diciembre, en la Plaza de los Mártires.

Nuestra sociedad, pues, está ahora amenazada de muerte, y á nuestra joven República se la empieza á socavar en sus fundamentos de orden, de paz y de unión.

La relajación política, generadora de la social, que tantos desmanes ha producido, todo istmeño la advierte y la palpa en estos momentos solemnes de nuestra vida nacional: cualquier Perico de los Palotes grita con desenfado hoy en las calles y plazas: ¡muera! tal partido, ó tal personaje ó empleado público! con la misma desenvoltura con que se cantaba en otras épocas la feroz Carmañola en los tiempos de la revolución francesa; pero por fortuna el pueblo se mantiene en la más completa quietud y guarda la prudencia que el ejemplo edificante de la Gran República del Norte presenta al mundo civilizado que la contempla conmovido. Vano empeño será el de los que quieran echarnos por el atajo ó por las enrucijadas mil veces malditas de otros tiempos aciagos, porque todos conservamos aún el recuerdo triste de un tiempo calamitoso, y querer ponderarnos la excelencia de éste, es más que arar en el mar, un verdadero imposible.

Olvidar debemos para siempre aquella época en que el espíritu revolucionario en el Istmo privó por mucho tiempo. Es preciso que no vuelvan á repetirse los cuadros políticos del año de 1879. No es tiempo ya de cambiar Presidentes á culatazos, ni puede considerarse al Doctor Amador en el caso del señor Cervera, ni es posible hacer cambios en el Gabinete, sólo porque algunos opositoristas sistemáticos viven envueltos en crueles intemperancias.

Repugnancia, y grande, experimentamos al pensar que se pretende hacernos retrogradar á las luctuosas épocas de

grandes calamidades para esta querida tierra. Los que hoy trabajamos por el bien de ella, no queremos presenciar lo que acontecía en el año 1856, ni lo que al señor José de Obaldía le pasó con el pueblo del Arrabal; no queremos presenciar más guerras hechas con recursos nacionales como se hicieron en el 62 al señor Santiago de la Guardia; no queremos más caídas de Presidentes como le aconteció a Leonardo Calancha; no queremos triunfos de nuevos Gil Colunges aunados con otros Vicente Olartes; no queremos más elecciones populares como las que se estilaban en aquel entonces, ni Presidencias como la de Correoso surgida de una cadena de sucesos inesperados; no queremos escandalosas administraciones públicas como la del General Gabriel Neira; ni Designaturas tristes como la de Cervera, derrocado luego por el batallón *Pichincha*; no queremos Presidencias como la de Gregorio Miró: "período administrativo singularmente inquieto por sucesivas conspiraciones de diferente origen y categoría"; no queremos Gobierno de doce días como el del Doctor Pablo Arosemena, ni turnabilidad tan corta en la Presidencia como la de Aizpuru y Correoso; no queremos renunciadas para dejarle el lugar discutido, y, más que discutido, disputado, á un señor Cazorla, robado después por Benjamín Ruíz; no queremos el contagio pernicioso de las renunciadas que dicho señor Cazorla heredó de su predecesor para que le siguieran en el poder los Designados; no queremos la anormalidad que reinó aquí del año 56 en adelante, ni los frecuentes cambios de gobernantes de nuestros últimos tiempos colombianos, en que á la vez que se garantizaba por medio de cartas la estabilidad de un Gobernador, se le comunicaba por cable la destitución; no queremos invasiones ni revueltas armadas, sino la tranquilidad, mucha tranquilidad, labor fecunda y trabajo regenerador. Queremos orden, y, sobre todo, calma, mucha calma, honrada administración pública, labor inteligente y bien intencionada, para poder rehabilitarnos de la postración en que vivimos bajo el imperio de la dominación colombiana y elevarnos á la altura de pueblo civilizado. Queremos, en fin, más tranquilidad en algunos fogosos cerebros, más patriotismo, más educación política y menos ambiciones descabelladas.

Las conveniencias de la patria que deben estar siempre por sobre todo interés, aconsejan, hoy por hoy, mucha temperancia, y nos gritan que los exaltados de siempre, "deben abandonar cuanto antes las veredas sinuosas é inextricables que van siguiendo, para entrar en el abierto y seguro camino de nuestro buen nombre nacional".

Nuestra causa política actual, que es la que representa exclusivamente los grandes intereses del país y del Gobierno que, con notable acierto preside el Doctor Amador, es la

causa de la nación entera. Sirvámosla, pues, “arriemos para siempre las banderas fratricidas y agrupémonos todos en torno del nuevo pabellón, que en los tres colores que ostenta, simboliza unión franca y leal de los antiguos partidos políticos, al amparo de una paz inalterable”.

Si con todo, persisten algunos en el empeño de hacernos retrogradar á tiempos nefastos, que ellos, los idealistas, sigan en el camino triste que se han trazado, cantando dulces y delicadas salmodias á un patriotismo que no sienten, como lo han puesto de manifiesto en más de una ocasión; y sigamos los cuerdos,—secundados por la opinión respetable de este pueblo laborioso, inteligente y sensato,—trabajando sin descanso por la felicidad de esta tierra privilegiada, y por la consolidación de nuestra joven República, á la que personajes de actualidad sólo han sabido comprometer dando rienda suelta á sus ridículas y egoístas tendencias.

(De *La Estrella de Panamá*).





Reflexiones.

(SEGUNDO ARTICULO)

Dados los acontecimientos que en lo político se desarrollan, cada día que pasa se pone más de manifiesto lo injustificable de la oposición que un núcleo de descontentos le hace al Gobierno que dirige el Excelentísimo señor Doctor Manuel Amador Guerrero.

Si se estudia con espíritu sereno el objeto de esa oposición, se ve á las claras que ningún ideal elevado la inspira y que en la labor antipatriótica que, en mala hora han emprendido, no se trasluce sino el interés particular, que todo lo vulgariza. De allí que, aunque ha querido caracterizarse esa oposición hasta con órganos de publicidad, no puede alcanzar, sin embargo, la seriedad que ha pretendido; y por eso el Gobierno comprendiendo que es necesidad suprema atender á los grandes intereses que representa, relega al olvido la media docena de hombres que *todo lo quieren*, adopta un programa salvador, y se preocupa tan solo por enarbolar una limpia bandera. Al rededor de esa bandera, se ha organizado el Partido Constitucional que "ha sabido asimilarse todo lo que hay de grande, de simpático y de noble, en las aspiraciones nacionales". Ese Partido comprende que la primera necesidad del país, la aspiración íntima de todos los hombres honrados que viven de su trabajo, es la de asegurar el orden y la paz, es la de que se ponga término al período de las guerras civiles, á esos saltos colectivos de la sociedad, que se llaman revoluciones, y que tanto reprime y condena nuestra actual civilización. Ese partido proclama que, afianzados nuestros principios políticos en la Constitución, el pueblo debe olvidar viejas rencillas, y tomar en sus manos la bandera del engrandecimiento nacional. Este partido es el que ha resuelto apoyar decididamente

al Gobierno, porque lo considera serio y respetable, sobre la base de la libertad. Ese partido dice que necesitamos purgarnos, "limpiarnos como de una lepra", de todos esos odios de las luchas de la infortunada Colombia, y asimilarnos todo lo que haya en el país de grande, de útil, de honrado, de aprovechable, de los partidos que fueron. Ese partido quiere reunir, como en un solo haz, á toda la Nación, para hacernos respetar y ocupar el puesto eminente que la importancia de nuestro territorio, y las dotes intelectuales y morales de nuestro pueblo, nos señalan en el Continente. Ese partido pregona que ha llegado el momento de igualar á todos los ciudadanos para los honores y los provechos públicos, y que todos deben alistarse para cooperar en la obra grandiosa de la Administración Nacional, y de la salvación de la República. En fin, ese partido dice en el programa que lo inspira, que los hombres refractarios—políticos intransigentes—"que se queden guardando los odios y resentimientos de las pasadas luchas, ahondándolos, acariciándolos como un avaro su tesoro, pronto se hallarán en el vacío, pronto se encontrarán á distancias inmensas de la marcha política del país".

La victoria grandiosa de nuestra separación de Colombia nos impone "los deberes sagrados de la grandeza de la magnanimidad y de la generosidad"; y si un partido como el Constitucional encarna el olvido, la equidad, la honradez, la paz, el progreso y la unidad, respeto interno y externo, y garantías individuales, ¿por qué censurar tenazmente sus doctrinas, cuando ellas representan el ideal del pueblo panameño?

Tenemos presidida por el Doctor Amador Guerrero la verdadera República, sostenida por la justicia, ya que para ser republicano se necesita ante todo ser justo: "tenemos, en fin, el reinado pleno y entero del derecho".

Es por esto por lo que los más, los que siempre fundaron la grandeza en la labor seria y constante de largos años, están de corazón y ofrecen sus simpatías al Gobierno; porque es claro que entre el bien y el mal, vale mucho más optar por lo primero, y de allí el que, con todo y la algarabía desorganizadora que forjan la ambición y las ridículas quimeras, Panamá siga por el amplio y seguro sendero que le han trazado, á la par que los actos justicieros del Gobierno, la amarga experiencia de recientes días, siempre de triste recordación para el espíritu pacífico y trabajador.

Si posible fuera consultar la opinión de los ciudadanos del país, contestaría una mayoría abrumadora manifestando aprobación de los actos oficiales, porque bien saben los istmeños que la anarquía que se aconseja por algunos, lejos de ge-

nerar lo plausible y salvador, nos llevará aceleradamente al más completo hundimiento.

La dirección de nuestra política ha pasado de manos frágiles á otras poderosas y sensatas. Los hombres que hoy la inspiran, son hombres nuevos en el poder, es verdad, á quienes por un capricho de la suerte, les tocó ser los primeros; pero ello no debe despertar en nosotros celos y egoísmos que á nada conducen, porque la intemperancia no es virtud, y sus consecuencias funestas alejan la hora blanca de los hombres públicos. No siempre por madrugar más se llegó primero al lugar anhelado: muchas veces en la marcha emprendida se nos interpone un accidente imprevisto y el viaje queda interrumpido. La calma que ha sido factor indispensable en los actos humanos, nos aconseja con frecuencia que del festinamiento de los sucesos nada duradero surge, y que la caprichosa suerte muchas veces cobija con sus protectoras alas al que, acaso más alejado, menos la espera.

En el servicio de la República encontrará siempre lugar honroso cualquier ciudadano que la defienda con abnegación y desinterés. Lo que se rechaza, lo que no se compeadece con el espíritu expansivo y de atracción del Gobierno del país, son esas tendencias exclusivistas que la oposición quiere entronizar. Si, pues, el Gobierno que tenemos se caracteriza por un espíritu conciliador, que surge de la esencia misma de sus actos, ¿á qué venir con oposiciones que no tienen programa, que no tienen ideales plausibles, calcadas únicamente en un personalismo enervante?

Que vuelvan, pues, sobre sus pasos los que así piensan; que ni la época, ni los avances del siglo, darán jamás margen á sus intentos. Es necesario preocuparse un poco por el bien general del país, y pensar en que el Partido Constitucional, que encarna los honrados ideales del Gobierno de la República, no lo constituyen los que abdican de sus ideas, sino hombres de origen diverso que virtualmente se han unido, por mero instinto y por igualdad de aspiraciones, para trabajar por el bien común. Una línea divisoria existe todavía con la minúscula oposición; pero ella puede desaparecer por entero, si la cordura cunde en el cerebro de los menos, ó marcarse de nuevo y convertirse en abismo si se persevera en una labor de hostilidad é intransigencia. Por el momento, lo evidente es que el país se encuentra un tanto agitado, sin que haya quien pueda justificar esa agitación; pero la generalidad de los istmeños sigue confiando fundadamente en su risueño porvenir. "porque una gran masa de ciudadanos se ha unido de buena fe, para restablecer en Panamá el imperio leal de las instituciones, y para devolver á nuestros pueblos el derecho de gobernarse libremente.— (De *La Estrella de Panamá*).



Reflexiones.

(TERCER ARTICULO).

Cuentan que en cierta ocasión, electo por los demócratas Gobernador de Nueva York Mr. Cleveland, le preguntaron sus amigos "que si la victoria que acababa de obtener el Partido Demócrata significaba su triunfo completo", y que á la pregunta contestó el interrogado: "Eso depende de que mis amigos demuestren prácticamente que la victoria electoral de hoy representa reforma de abusos y un buen Gobierno".

Algo parecido pudo haber exclamado el Doctor Amador Guerrero cuando el voto unánime y espontáneo de los pueblos del Istmo, lo llevó entre hosannas de triunfo á ocupar el más alto puesto gubernativo del país. Comprendió él en ese día que la existencia de los partidos políticos en esta tierra era perfectamente nula, cuando al rededor suyo veía, con semblante risueño y en armónico concierto, los contendores de ayer; y si alguien lo hubiera interrogado sobre si su elevación al poder representaba el triunfo definitivo del pueblo istmeño, muy bien habría podido contestar: eso depende de que los que me rodean—que ahora son todos los istmeños—demuestren prácticamente, con actos de cordura y prudencia, que sólo se preocupan por el bien nacional.

En medio de aquel entusiasmo que nuestra separación de Colombia despertó, y animados los panameños con la creencia de que se había extinguido el espíritu de partido en el Istmo para fundar la nueva nacionalidad; convencidos de que de las viejas agrupaciones no quedaban ya sino el nombre y algunos vagos recuerdos; de que el engrandecimiento de la patria era el interés que había venido á reemplazar á los intereses de círculo, desalojados por el más noble y generoso de todo buen ciudadano, no quedaba otro problema de solución práctica que el de la organización de los elementos que estaban ins-

pirados en aquellas levantadas ideas. Vino así, pues, á formarse el Partido Constitucional, Partido ecléctico que informa las sanas ideas del país; que representa de éste su más grande, abrumadora mayoría; y que tiende, á la vez que á su engrandecimiento, á tener á su cargo el fiel cumplimiento de las leyes y el sostenimiento de la Constitución de la República.

Concedor el Doctor Amador de las principales reglas del arte de gobernar, escogió de ese Partido, que es la representación genuina de la Nación, los hombres que debían colaborar con él en la administración pública; pero al hechar las bases del Gobierno, un síntoma disociador se manifestó en los que todavía llevaban oculto el encono de los pasados tiempos. Empero, el digno mandatario no interrumpió la marcha emprendida, y armado sólo con el báculo de la justicia y del derecho, siguió inflexible su camino con seguro paso por las regiones del engrandecimiento positivo.

La misma línea de conducta que se trazó desde un principio el Jefe del Ejecutivo, es la que ha seguido y seguirá impertérrito. Se ha abierto una era de engrandecimiento político en esta tierra. Se han dado de mano "á los transitorios y superficiales intereses de bandería, y postergado está de las regiones oficiales el germen corruptor que casi inoculado quedó en el cuerpo" de la nueva nacionalidad.

En los actos del Gobierno de Panamá se han olvidado por completo las formas políticas tan en boga en la infortunada Colombia, y cordura y mucha sensatez revela proceder así, cuando no es ya la influencia colombiana la que puede imprimirle dirección á nuestro pueblo, que hoy lleva sobre sus hombros la ponderosa carga de sus propios actos.

"Funcionan en el vasto dominio del mundo civilizado dos especies de Gobiernos. El uno es de origen anglo-sajón; el otro, es de origen francés. El primero de esos Gobiernos se cuida poco de las formas en obsequio del fondo. El segundo, tiene más alas que lastre, y habla más á la imaginación que al entendimiento. El primero fortifica, y el segundo embriaga. El primero ilumina, y el segundo incendia. El primero se alimenta de obras, y el segundo sólo exige palabras".

Imagen de ese Gobierno de origen anglo-sajón es el que tenemos implantado ahora en esta tierra. El Doctor Amador, más que la propavanda hueca, que á nada real y positivo conduce, observa, con mirada escrutadora, el porvenir del Istmo, y dando de mano á todo aquello, que en los presentes tiempos, no acuse ó se resuelva en bien procomunal, sigue imperturbable en su labor creadora, y nuestro pueblo comienza ya á contemplar los valiosos efectos de su Gobierno;

por eso vemos penetrar ya en el corazón mismo de nuestras antes abandonadas Provincias las corrientes de la civilización, dándosele, como se le da de preferencia, cumplimiento á la Ley sobre mejoras materiales; los distintos Ramos del servicio público se preocupan por colocarlos á la altura que ellos se merecen, no obstante que cuando asumió la Presidencia de la República, á la vez que tuvo que cortar de raíz la maleza que dejó en las regiones oficiales la dominación colombiana, tuvo también que echar las bases de la República que nacía. Su misión, más que organizadora ha sido, pues, creadora, que equivale á decir que ha hecho todo con tenacidad y lucha ruda, como que al fin no ha transcurrido ni siquiera un año de su ascensión al Poder. ¿Qué más se puede exigir en un tiempo tan corto, interrumpido en ocasiones por los complicados problemas que aquí han surgido en lo interno y que abisman al más aquilatado patriotismo?

En el camino que lleva el Jefe Supremo del Gobierno de la República, con todo y los diques que pretenda interponerle la intransigencia, nunca justificada de algunos, encontrará el país los beneficios, en cuatro años de período presidencial, que no le fué dable alcanzar en muchos y largos de la pasada época. Gobernante que sabe preocuparse por el bien general antes que por el propio, puede muy bien hacer la felicidad de los pueblos, y hombre que en todo tiempo supo tener mano pródiga para hacer el bien como simple ciudadano, y finos quilates en el carácter para resistir las adversidades de la caprichosa suerte, sabe también dignificarlos.

No es cierto que pretendamos nosotros elevar á la categoría de dogma lo que algunos censores pudieran llamar puro optimismo político, no, es que estudiando con espíritu sereno los actos del Gobierno actual, no puede haber en quienes los censuran sistemáticamente sino una flagrante injusticia. "El oropel que encubre la oposición presuntuosa" que algunos le hacen hoy al Gobierno, no es posible que deslumbré: la seriedad y el juicio son plantas que se cultivan hoy en el rico jardín de nuestro territorio, enantes tan descuidado. El observador imparcial que estudia con criterio sereno la labor que una oposición estudiada ha emprendido, alcanzará á saber lógicamente de sus razonamientos, que esa oposición que nunca el patriotismo inspiró, no alcanzará en esta ocasión entre nosotros sino á conquistar "la cicuta del ridículo".

La semilla del bien y del progreso regada á manos llenas por nuestro Gobierno, no ha caído en terreno estéril. La sensatez y la cordura se han apoderado yá de la conciencia

del pueblo, y las sanas ideas de orden y adelanto moral y material, flotan también por sobre el cúmulo de ruinas que nos legaron otros tiempos aciagos.

Aquellos tiempos de embaucar incautos y de convertir el pueblo en peldaños de la escalera que debe llevar á envidiable altura, han pasado ya entre nosotros para no volver jamás. Es el mérito intrínseco, alcanzado con la asiduidad de un trabajo hoarado y reparador, lo que puede hoy ofrecer en esta tierra limpias ejecutorias que lleven á elevadas posiciones oficiales.

Si aun queda aquí un resto de radicalismo exagerado, organizado expreso para entorpecer la buena y armónica marcha de los asuntos públicos, él desaparecerá bien pronto; porque la índole pacífica de nuestro pueblo, la preocupación de éste por el trabajo y su habitual tendencia á entrar por el carril del orden y del progreso, sabrán rechazarlo con enérgica actitud.

Seamos justos, y veamos que esa oposición radical organizada no semeja al más acendrado patriotismo en la presente situación. Es preciso no secundar esas tendencias anárquicas que el egoísmo y el despecho sólo han podido generar, tendencias que oprimen el corazón de los buenos. "como sucede en el seno de las familias honradas cuando se descubre algo muy reprehensible en la conducta de alguno de sus principales miembros".

Apoyado en la gran suma de voluntades que quieren hoy la salvación política, social y económica de Panamá, el señor Doctor Amador sabrá conservar la apetecida paz; y el día en que terminen sus funciones, su popularidad será tan grande, como la que sinceramente le rodeó en los primeros días de su feliz advenimiento al codiciado solio presidencial.

(De *La Estrella de Panamá*).





Reflexiones.

(CUARTO ARTICULO).

No obstante la actitud anárquica que una oposición preconstituida ha asumido en esta ciudad,—y sólo en esta ciudad—contra el Gobierno serio y honrado que hoy tiene á su cargo la dirección de los destinos del país, una como aurora de bienestar común viene á acariciarnos, y una como fe ciega de tranquilidad y de reposo alienta al espíritu industrioso y trabajador de los istmeños, en la iniciación de empresas rentadoras.

Ciegos parecen esos cuatro intransigentes opesicionistas, que sin ideal noble alguno, sin bandera que represente sus tendencias dissociadoras, sin más norte que censurar sistemáticamente todo acto del Gobierno por plausible que sea, sin más objeto que inculcar en la índole pacífica de nuestro pueblo el anarquismo, mil veces execrable, cierran los ojos para no ver que los tiempos han cambiado notablemente y que esa propaganda interesada, que rechaza al unísono el patriotismo de todo istmeño, no calará en las conciencias ávidas, ahora de tranquilidad y paz inalterables.

Ellos, los revoltosos de oficio, es preciso que sepan que con nuestra separación de Colombia se esfumó de una vez el espíritu revolucionario de otros tiempos calamitosos; que aquella éra de disturbios y trastornos lamentables pasó para no volver jamás; que no es tiempo ya de buscar entre nosotros renombre y notoriedad al amparo de situaciones anormales, que, con todo *y ser apetecidas*, no generan nada estable; y, en fin; que aquella atmósfera de guerra devastadora que en pasados tiempos reinaba aquí, ha sido reemplazada con otra atmósfera permanente de tranquilidad, que anuncia, como es natural, el reinado risueño é imperecedero del sosiego

en esta tierra. Ya el pobre y patriota artesano y el humilde y manso campesino no quieren ser más pasto obligado de ambiciosos sin efectos, sin amor patrio—que es la idealización del amor,—sin honradas preocupaciones por el legítimo levantamiento de la tierra que los vio nacer. A esos artesanos y campesinos, reiteradas veces se les hizo uncirse al carro del terrible sacrificio, y luego se les volteó la espalda y se les regaló sólo los horrores de la miseria. Nuestro pueblo en vez del fusil, la metralleta y la tea devastadora de la víspera de nuestra justificada separación, quiere el hacha, el machete, la azada y el arado salvadores, y en nuestras montañas vírgenes, en vez de la detonación mortífera, segadora de humanas vidas, quiere la detonación del ferrocarril que nos pregona legítimo progreso.

Panamá no puede ser ya, como creen los aislados opositoristas de aquí, hervidero de conatos revolucionarios como ellos se lo presumen: es una región donde se ha formado “un importante centro de animación fecunda para el trabajo y para la labor honrada”. En los ensayos que los señores de la oposición hacen de trastornar hoy la marcha armónica del país, no cosecharán sino resultados distintos á los que ellos esperan: es decir, que en vez del odio que quieren despertar en el pueblo contra toda autoridad legalmente constituida, azarán la protesta enérgica que contra ellos lanzará, con sobrada altivez, ese mismo pueblo. No es posible que la índole de la humanidad haya cambiado, y por eso auguramos esos resultados á quienes ahora, cegados por la pasión, todo lo profanan. De un lado está el Gobierno de la República que inspirará á todo viviente la confianza que necesita para impulsar la tendencia empresaria del día. Por todas partes se ve la actividad que prima ya con múltiples construcciones en la ciudad, con empresas como el acueducto, la nueva planta eléctrica, la limpieza y la construcción de cañerías en la ciudad, sanidad de ésta, apertura de nuevos establecimientos comerciales, establecimiento de fabricas de cerveza y pastas de todas clases, nueva fábrica de hielo, establecimiento de refrigerantes para carnes, aperturas de las vías de comunicación, empresas ferroviarias en ciernes, construcciones de puentes, apertura y mejoramiento de carreteras, saneamiento de la ciudad de Bocas del Toro, fomento de la industria agrícola, nuevas casas bancarias y mil y más mejoras y trabajos preparatorios que se llevarán á feliz término antes de la expiración del período presidencial del Doctor Amador, si la cordura entre nosotros sigue arraigada como hasta ahora.

Se nota en el país algo así como un creciente desarrollo industrial, enantes casi aletargado, y la monotonía, parsimo-

nia y fastidio de ayer, han desaparecido para siempre. Con-
suela ver que la República va como entrando por una senda
de verdadera consecuencia lógica de los meses de paz que
hemos tenido, y resultado innegable de que la separación del
dominio colombiano llevó al convencimiento de todos los
istmeños que se abría para esta tierra el reinado del respeto,
del orden y de una verdadera libertad. Si muchas son las
causas que han justificado nuestra separación de Colombia,
ninguna tan elocuente como la de que, separados, cerradas
quedaron de hecho las puertas del Templo de Jano. Los
adoradores eternos de esa Diosa aquí, que han llevado en sus
bolsillos la llave de ese templo, donde sólo se reza la doctrina
del retroceso y del obscurantismo, es preciso que sepan
que los ridículos motivos de sus inquietudes no traspasarán
el estrecho recinto de esta capital. "Se habla en el resto del
país de política, pero mucho más de empresas industriales; y
aunque algo se temió en pasados días la alteración momen-
tánea de la marcha armónica de la Administración Pública",
cuando la ambición desmedida quiso cebarse en el Gobierno,
y cuando la corruptela de cuartel se tuvo en cuenta por los
patriotas radicales para realizar bruscas ascensiones, la
cordura se impuso, los intereses generales primaron sobre los
particulares, y de manifiesto quedó que el país siente repug-
nancia de entrar por el camino de las revueltas. Son las li-
des honradas del trabajo las que anhela nuestro pueblo hoy,
y ¡ay del hombre público, ó del opositorista sin bandera, ó
del radical incansable, "que contribuya á turbar la tran-
quilidad de que disfrutamos en toda la extensión del territorio
istmeño!".

Entre tanto, creemos que ningún mal, si no es el que se
deriva de despertar en el pueblo anárquicas tendencias, pue-
den ocasionarle al país los cuatro opositoristas que sólo al-
canzan á revoiversa, "en constante fiebre de destinos públi-
cos", en el espacio que media entre la estación del ferrocarril
y la Plaza de Chiriquí en esta ciudad.

A ellos, los agitadores de oficio, sólo les quedará de su
labor antipatriótica *la satisfacción* de devorar interiormente,
convencidos de su impotencia, el fracaso terrible que les
traerá su actitud sombría.

"El amor á la paz, que generalmente se manifiesta, no
es un sentimiento platónico vago, como en otras ocasiones.
Se tiene ya bastante experiencia política para comprender
que el mantenimiento de la paz no es un fenómeno aislado,
ni menos el producto de la presión material ejercida sobre
la voluntad de los hombres. El liberalismo apócrifo pier-
de terreno por momentos, y la invocación á la igualdad y
la fraternidad no se hace hoy, de ordinario, con el odio en

el corazón. Quedan aún en pie algunos jacobinos é inquisidores políticos predicando intolerancia y persecución, como quedan después de una larga época de epidemia, casos aislados de la enfermedad vencida; pero un nuevo ambiente de salud ha reemplazado en lo general, los miasmas deletéreos. Los miopes no ven todavía esto; pero las demostraciones características; de la opinión, una tras otra, habrán de colocarlos, á pesar suyo, en el camino de la verdad. Tampoco los ciegos se dan cuenta de la irradiación de la luz sino cuando la sienten por acercárseles demasiado".

(De La Estrella de Panamá).





Las elecciones.

En vía de desvanecer lo que dijimos en días pasados acerca de la abrumadora opinión que favorece al Gobierno que, con sobrado acierto, dirige el Doctor Amador Guerrero, se nos dice desde las columnas de una hoja local, que no es cierto que el Gobierno cuente con esa opinión, porque consultada como fué en las pasadas elecciones municipales, quedó condenado por los resultados.

La opinión manifestada el 18 de Diciembre próximo pasado, es la de cada localidad en relación con sus intereses, pero nunca con respecto al Gobierno.

No se disputaron los partidos en las pasadas elecciones un triunfo determinado, ni se ha comprobado tampoco el triunfo que se dice alcanzado por los opositoristas radicales.

A contar desde los días de nuestro desligamiento del dominio de España, nunca el pueblo del Istmo presenció tanta imparcialidad en los actos del Gobierno; y en las pasadas elecciones—testimonio elocuentísimo de nuestra aseveración—el Gobierno dejó hacer á todo ciudadano lo que quiso, recomendó por todos los medios posibles el respeto y pureza del sufragio, se cruzó de brazos, y se concretó únicamente á tomar nota de los resultados, ya fueran ó nó favorables.

Los que considerando triunfo de ellos los alcanzados en algunos Distritos de la República, han cantado victoria al saber que la elección se decidió en favor del elemento liberal predominante en algunas Provincias, no han cosechado otro fruto que el de una equivocación medio á medio. Ciertamente en muchos Distritos triunfó en las urnas electorales el Partido Liberal; pero ello no constituirá jamás triunfo del ra-

dicalismo opositorista. En la ciudad de David, por ejemplo, que es uno de los triunfos de que más nos hablan los opositoristas, y que hacen esfuerzos supremos por apropiarse, el nuevo Concejo Municipal se instaló el día primero de los corrientes, y uno de sus primeros actos al emprender las labores arduas de la Administración del Municipio, fué saludar con frases honrosas al Excelentísimo señor Presidente de la República, como se ve por el siguiente telegrama:

“David, Enero 1º. de 1905.

Excelentísimo Señor Presidente de la República,

Panamá.

Tengo el honor de poner en vuestro conocimiento que hoy se instaló el Concejo Municipal de este Distrito, distinguiéndome con la Presidencia. Al felicitaros en este día del nuevo año, podéis contar con nuestra sincera cooperación. Dejo así cumplidos los deseos de mis colegas y míos. Vuestro obsecuente compatriota,

(Fdo). DR. GONZÁLEZ REVILLA.

Auténtico (fda). Rosa Mendoza”.

En Chame, Distrito netamente liberal, ha pasado otro tanto. También el nuevo Concejo se instaló, y el primero de sus actos fué dirigirse al señor Presidente de la República, en los siguientes términos:

“Chame, Enero 1º. de 1905.

A Su Excelencia el Presidente de la República,

Panamá.

Son las tres de la tarde y acaba de instalarse el Concejo Municipal. Esta Corporación felicita en este día á su Excelencia, y ofrécele coadyuvar en la esfera de sus atribuciones al sostenimiento del Gobierno en la senda de la paz y del progreso.

El Presidente del Concejo,

(Fdo). OCTAVIO HERRERA.

Auténtico. (fda). Rosa Mendoza”.

De estas pruebas podemos exhibir muchas, y cada una de ellas desvanece, por sí sola, la afirmación que, con audacia,

rara en estos tiempos, se hace del triunfo del radicalismo opositor en las pasadas elecciones.

Sensible es que cuando escriben para el público los que, como los opositoristas, se precian de catonianos, no respeten siquiera los fueros de la verdad, cuando ésta al fin resplandece, porque por sobre todo espíritu de apasionamiento surgen los hechos imponiendo su elocuencia abrumadora. Decir que el Gobierno ganó las elecciones con fraude, como en el Distrito de Los Santos, y con violencias, como en Gualaca, solamente en diez y ocho Distritos de la República, es, más que atreverse á contribuir al descrédito injusto del Gobierno, demasiada mala fe política. ¡Jamás los círculos políticos, ni aun viviendo bajo el peso de su postración, apelaron á las armas vedadas para alcanzar suspiradas rehabilitaciones!

El Gobierno, en puridad de verdad, no ha trabajado elecciones, ni mucho menos sus agentes ó leales sostenedores. Ya hemos dicho que en la pasado lucha eleccionaria sólo entraron los intereses de las localidades, y hemos comprobado también como proceden hoy los nuevos ediles liberales al tratar de rodear al Gobierno de la nación. De ahí que nadie, que sin apasionamiento juzgue las cosas, niegue que triunfo efectivo de los radicales de la oposición sólo lo hubo en esta ciudad Capital; porque en el choque de intereses locales de los mismos gobiernistas, en el alejamiento pecaminoso de algunos elementos en esos mismos días supremos, en las oposiciones emboscadas en nuestras mismas filas, en la falta de cohesión en esos días, generada por esos mismos intereses locales de que hemos hablado, y en la poca disciplina que reinó en la época de las elecciones entre los partidarios del Gobierno, encontró el triunfo, brindado por nosotros mismos, la oposición radical. Por lo demás, si triunfo moral ha habido para la oposición, material nó, porque ellos mismos, los opositoristas, que estaban de guardianes de las listas, saben que la elección se declaró por ellos, por una mayoría muy insignificante sobre los votos del Gobierno, y saben también que de los nuestros, inscritos en las listas, dejaron de votar en favor del Gobierno lo menos seiscientos ciudadanos. Hubo apatía de parte de los sostenedores del Gobierno, olvido completo de los deberes de ciudadano de la mayoría de los gobiernistas, y de ahí el triunfo alcanzado en esta ciudad por la oposición radical, triunfo que el Gobierno, con todo, ha sabido respetar.

Si con los resultados obtenidos, se supone la oposición triunfante y hace gala de que hubo Distritos donde sólo tuvo el Gobierno un ridículo número de votos, ¿qué diría esa oposición si hubiera podido alardear de la abrumadora opinión que en algunos Distritos se ha manifestado en favor del Go-

bierno, hasta el punto de que los candidatos acordados obtuvieron una votación unánime?

Los triunfos esos que alcanzan momentáneamente ciertos personajes con sus escritos hiperbólicos, esos que obedecen sólo á ciertas necesidades, pero jamás á influencias bien adquiridas, esos triunfos, decimos, no darán nunca el nombre que se busca, ni brindarán tampoco la importancia de que se carece.

Si con ostentar esos triunfos se persigue un fin y se intenta formar opinión, ésta se verá desvanecida bien pronto, porque los alucinados del momento serán cobijados por los más terribles desengaños, y nuevamente pensarán que nada es más cuerdo en esta vida que no jactarse los hombres de lo que carecen.

(De *La Estrella de Panamá*).





Los más inteligentes y los mejores.

Indudablemente la nota característica de la oposición radical que se ha organizado en esta ciudad, es de un lado la intransigencia, de otro, la falta de criterio en los hombres que la componen. La censura acre y apasionada es el norte que la guía, y á tal grado ha llegado ese apasionamiento, que porque uno de los opositores cometió en pasados días el *delito de lesa justicia*, de aplaudir ligeramente, desde las columnas de un periódico local algunos actos plausibles del Gobierno, sufrió ese opositores, de sus officiosos compañeros, atroz reprimenda, alegándose para ello, por los energúmenos, que el plan que se había pactado era el de la censura ruda á todo proceder del Gobierno de la República, aunque esos procederes fueran buenos y honrados.

Resulta de aquí, pues, que el público sensato é imparcial, que palpa, compara y saca consecuencias lógicas, se ve por necesidad imperiosa obligado á ofrecer sus sinceras simpatías á la causa noble del Gobierno de la República, que, en el concepto honrado de ese mismo público, representa fielmente los grandes intereses de la comunidad. De ahí también que el ligero barniz de seriedad que en un principio quisieron imprimirle á la oposición radical, haya ido perdiéndose rápidamente, hasta el punto de que las frases opositores radical ó *porrista*, que es lo mismo, se consideran hoy en Panamá, por el elemento sano, de juicio y pensante de nuestro público civilizado, como sinónimas de extravío, como gérmenes de discordias generadoras de fecundos males, bajo la suspirada atmósfera de tranquilidad en que ahora, por suerte, vivimos los istmeños.

Pero si ese criterio usan los opositores radicales, y esa actitud gastan para juzgar al gobierno, que por seguro sendero camina en busca de nuestra general felicidad, no suceda así tratando de juzgarse ellos mismos, que por el solo hecho de ser quienes son todo se lo merecen.

Existen pruebas irrefutables de este *sui generis* modo de ver las cosas, y así fácil es observar que es moneda corriente entre los opositores radicales, para pasar á la categoría de personajes ó recibir cartas de honorabilidad, que á cualquier individuo se le antoje decir que está con la oposición, ó que es *porrista* para que de hecho se le divinice, y se le dé—entre ellos—mucho importancia política y más nombradía personal.

El elemento de *atracción* de esos señores de la oposición radical ha sido, pues, la prodigalidad de elogios, que si triunfos momentáneos alcanza en ocasiones, el tiempo pasa y surge al cabo la realidad con su aporte de rudezas y asperidades.

Viene un día y luégo otro, y vemos con satisfacción que al lado de las buenas causas como la del Gobierno, están siempre los hombres de bien que, con semblante sereno y espíritu justiciero, siguen cumpliendo con su deber; al paso que allá, en el estrecho círculo de la oposición radical,—que medio alienta la propaganda efímera—se vive como en mar agitado, luchando con *encontrados intereses y aspiraciones*.

Somos los *mas inteligentes y los mejores*, dijo con audaz *modestia* desde una tribuna, la víspera de las elecciones, el señor Porras, y esas frases que no hicieron sino contrastar el espíritu de seriedad de meritorios ciudadanos de este país, sólo sirvieron para hacer decaer el ligero buen concepto que en esa noche pudo haber despertado en los concurrentes ese jefe nato de la oposición radical.

En política seguir siempre el impulso ridículo de las pasiones, equivale á retroceder muchos pasos en las largas jornadas que se han logrado hacer debidamente.

No corren hoy los mismos tiempos de antaño, ni separados ya de Colombia, conviene á ninguna causa ó círculo político esgrimir contra el 'enemigo' las armas vedadas que se esgrimieron en pasados días.

De la seriedad y la cordura siempre hubo mucho que esparar, al paso que de la intemperancia y del empeciuamiento intransigente nada bueno se alcanzó.

Enhorabuena que se quiera encausar una desmantelada oposición radical, que alguien des e hacerse su mejor y más caracterizado *leader*, que se crea á los demás ciudadanos trastos inútiles, y que se precie de ser *ténix* quien todo lo contempla pequeño ante su vista; que todo eso se haga es has

ta cierto punto aceptable, pero no en la forma en que se hace hoy por la oposición radical, forma que, en nuestro humilde concepto, acusa mucha inmodestia ó desmedida ambici6n de notoriedad.

De todo tiene que haber en la viña del Señor, dice un adagio, y felices solamente con su engrandecimiento debieran vivir aquellos que se creen favorecido con todos los dones de la caprichosa suerte. Ellos, los privilegiados, que vivan tambien *envanecidos* con sus *ruidosos triunfos* pero permitan sí que nosotros los pigmeos tengamos siguiera aspiraciones justas.

El propio esfuerzo, generador de los grandes caracteres, siempre será plausible en toda tierra, y si somos los *más ignorantes y los peores*, ¿no envuelve algún mérito que luchemos á brazo partido por salir del común de los hombres?

A acá, del lado de la causa redentora del Gobierno, están los hombres á quienes una singular modestia domina, los hombres de buena fe que laboran por el bien procomunal. No existe pues, en las filas del Gobierno, cátedra donde se expidan patentes de honorabilidad ni de personajes políticos: sólo el mérito intrínseco se aprecia allí, y así humildes y todo, la nave del Gobierno Nacional navega tranquila al impulso de brisas favorables. Tiene ante todo, el Gobierno muchas buenas voluntades, demasiada honradez en el manejo de los caudales públicos, y un solo y único norte que lo guía: el engrandecimiento legítimo del Istmo.

¡Cuántas veces un gran talento, una ilustración vasta han sido funestísimos á los intereses de la causa que se defiende, y cuántas un hombre, de medianos conocimientos, supo hacer digna y meritoria una República, y llevar con facilidad el bienestar á los asociados! La historia política de los países de América está fresca aún pregonándonos estas verdades, y cosa por todos aceptada es que más alcanzó en toda época una buena voluntad bien dirigida, que una grande ilustración que tuvo el prurito de ponerse al servicio de las malas causas.

Somos los amigos del Gobierno los *más ignorantes y los peores*, y sin embargo no priva en nuestras producciones sino, la cultura en el lenguaje; somos los peores, y no sabemos esgrimir armas vedadas contra el adversario injusto: somos los más ignorantes, y con toda la defensa honrada del Gobierno y del país se hace en estilo serio y elevado; somos los peores, y apenas nos conservamos á la defensiva, en circunstancias en que la oposición radical censura con acritud, pero sin aplaudir jamás lo plausible; somos los *más ignorantes*, y nuestras producciones,—si insignificantes ante el *gran mérito* que lucen las del *Diario* radical—llevan al público imparcial

siquiera la idea de lo que queremos decir en defensa de los fueros de la justicia y de la verdad; y en fin, somos los *peores*, y al rededor del Gobierno convergen, como atraídos por un poderoso imán, todos los sanos elementos del país. Si de allá, de parte de la oposición radical, está todo lo *bueno* y lo *pensante*, culpa no es nuestra que nacimos humildes y en esa humildad vegetamos; pero es lo cierto que todo el que aquí en Panamá vió como se anunciaba en todos los tonos la aparición del nuevo *baluarte* de la oposición radical, el *nuevo Diario*, esperábamos algo más serio y caracterizado, tanto más cuanto que en el cuerpo de redactores con que se amenazaba —parte exótico y el resto casi nacional— figuran hombres que viven agobiados por el peso formidable de los laureles conquistados en el campo de la Prensa, laureles, sí, conseguidos con todos los bríos que les supieron despertar las causas ó *facciones* de que se decían mejores apóstoles.

Empero, el tiempo ha transcurrido ya lo suficiente, y la nueva empresa periodística no nos ha traído la novedad que esperábamos: las mismas armas vedadas esgrime, y el mismo espíritu de oposición sistemática la alienta. A su servicio están los mismos hombres con el mismo lenguaje, las mismas tendencias y la misma labor sin rumbo noble que la justifique; y si el *Diario*, que tan anunciado nos fué, no cambia el rumbo apasionado y personalista que lleva, —acaso *contrariando* las aspiraciones del Doctor Ponte— no es aventurado augurarle la vida efímera de los neurópteros, no obstante el poder que puede imprimirle el capital que se formó para su sostenimiento.

Creímos nosotros que de fuera nos vendría, con todo y ponerse al servicio de la *facción* opositorista, un periodismo más civilizado, un periodismo que censurara con cultura y corrigiera así el mal; un periodismo que aplaudiera con justicia y despertara la dulce emulación del legítimo engrandecimiento; pero no, eso no ha acontecido con la fundación del nuevo periódico, y antes bien se ha tratado de enpañar en él la majestad del sagrado ministerio, repitiéndose en sus columnas las mismas cosas de *El Mercurio*, tan censuradas en todo tiempo por todos los países civilizados. Y aunque la aludida empresa cuenta con un cuerpo de redactores que lucen, como dijimos, viejos laureles conquistados en el campo de la ciencia, ésta no vemos que se nos haya derramado en bien de los istmeños, en las columnas del *nuevo Diario*, pues hasta la fecha dicha periódico no ha enriquecido sus columnas con producciones sobrenaturales y extraordinarias *por lo no vistas entre nosotros*, producciones que pudieran venir á disipar las tinieblas que nos envuelven.

¿Será esto pereza ó egoísmo?—No lo creemos.

Téngase en cuenta, pues, que los istmeños, como el poeta alemán, queremos luz y más luz, venga ésta de donde viniere, y con tal motivo necesario se hace que los *más inteligentes y los mejores*, lejos de convertir las columnas del mencionado *Diario nuevo*, en caos de siniestras pasiones, las acrediten algo cada vez, presentándolas á nuestro público, ávido de ciencia como el que más, como fuentes fecundas de donde, en torrentes inagotables, se derrame *la sabiduría* por todos los ámbitos de nuestro territorio.

Los istmeños, por regla general, tienen una tendencia innata a asimilarse siempre lo bueno, y seguros estamos que ninguno de ellos se resistiría á ir á abreviar á toda hora á las cristalinas fuentes de ciencia del *Diario*; de otra suerte continuaría la decepción en que hoy vivimos, porque á ningún hijo de vecino se le ha ofrecido hasta ahora en las columnas del aludido periódico, ninguna producción que pueda fascinar y menos conmover, con todo y la fama del elemento exótico del cuerpo de redacción, y la *autoridad* con que se nos tratan de imponer algunos escritores nacionales.

Que vengan, pues, en buena hora, esas brillantes concepciones de la *inteligencia autorizada*, aunque sea de vez en cuando, que de nuestro lado, del lado de la causa respetable del Gobierno de la República, no faltará quien, aunque sea en lenguaje burdo, pero sí envuelto en la más refinada cultura, sepa salir á la palestra desinteresadamente en defensa de los fueros de la verdad y de la justicia.

Vivimos en un país culto que atrae sobre sí las miradas del universo entero, y preciso se hace civilizar las luchas del periodismo.

(De *La Estrella de Panamá*).





Los unos y los otros.

No sabemos si será efecto de las apariencias, pero algo así como un alargaramiento viene notándose de pocos días á esta parte, en el furor de censura que contra el Gobierno gastaban los señores de la oposición radical.

Se nota también relativa calma en el ataque brusco que hace algunos meses se le hacia al Partido Constitucional, y si hostilidad existe,—porque ella no podrá dejar de existir habiéndose adoptado como sistema de vida de una *facción* sin credo ni ideales elevados,—no vienen ahora esos ataques dirigidos á socavar las bases del edificio nacional, como en pasados días, y se contentan sólo con censurar á la ligera los actos de los Gobernadores de las Provincias, sin más motivo que el que algún exaltado diga, en telegrama concebido en términos que nuestra cultura condena, que éste ó aquél Gobernador se manejan un tanto mal.

No tenemos tampoco en estos días las labores subterráneas que tiendan á la caída inesperada de los Gobiernos legítimamente constituídos, ni el tema de luchas eleccionarias que alientan para la propaganda.

Las tendencias de la oposición radical de tronchar de raíz el árbol frondoso del Constitucionalismo istmeño, como que no tienen ya los mismos quilates de ayer; y la impotencia, como resultado de labores suicidas siempre execrables, es el único fruto cosechado hasta ahora por los que representan el germen del mal en esta privilegiada tierra.

Agotados todos los recursos, lícitos é ilícitos; ensayados todos los sistemas de derrocar Gobiernos; esgrimidas todas las armas; y hechos los ataques en todas las formas posibles, el serenamiento como que ha comenzado á llegar, aunque relativamente, para los intranquilos agitadores; y no se habla

ya de la no conveniencia del actual Gobierno como en pasados días, ni es el corazón de éste, ahora el obligado blanco de los reiterados ataques.

No se censuran en manera alguna peculados, porque bien sabe la oposición radical que ellos no existirán mientras dure la honrada administración del Doctor Amador Guerrero; no se habla de falta de cumplimiento de deberes de los empleados públicos, porque, cual más, cual menos, en la esfera de sus facultades, se empeñan en dejar bien sentado sus nombres á su paso por las regiones oficiales; no se trata tampoco de restricción real de la Prensa, porque hoy, más que en plena libertad de ella, vivimos en completo libertinaje periodístico; y, en fin, no se dice nada de intranquilidades ni de trastornos, porque ellos, los opositores radicales que aquí tenemos en la ciudad, son los únicos que podrán saber á ciencia cierta si vuelven para nuestros tranquilos pueblos las horas de amarguras de las guerras fratricidas.

Hoy, pues, la oposición radical no hostiliza al Gobierno, en grande, como vulgarmente se dice, y apenas se revuelve en un círculo excesivamente reducido: censura ahora detalles insignificantes de las Provincias, como el de que no dejan votar un periódico, —*risum teneatis*— y el de que un Gobernador arrestó á un Fulano de Tal; censura que á uno de los adláteres no se le admitió como fiador, —acaso por su estado de insolvencia, —en no sabemos que asunto; que un Juez de Escrutinios anuló unas elecciones; que acá funcionan dos Concejos; y, para decirlo todo, que los Agentes del Gobierno en algunas Provincias obligan á todo hijo de vecino á cumplir sus deberes de ciudadano libre.

Son estas las cosas que la oposición radical censura hoy por hoy, y de ahí que en este camino no deje detalle, por insignificante que sea, que no recoja, para darle alguna vida al acordado sistema de la censura terrible; pero si á eso se reduce todo ahora, si el móvil de la oposición radical en esta ciudad lo constituyen esos ligeros *defectillos*, como los llaman, de algunos agentes del Gobierno en las Provincias, preciso se hace reconocer que el ideal del Partido Constitucional está salvado; porque la oposición radical, al contemplar como la abandonan muchos de los incautos que logró medio sorprender con sus cantos fingidos de sirena, se esfuma yá, se aniquila rápidamente y no luce la autoridad suficiente que la acredite para tizar siquiera el blanco cenital que cubre el cuerpo de nuestra joven República.

Y tanto más nos inclinamos á creer que la causa del bien está asegurada, y con ella la larga existencia del actual Gobierno, y sobre todo, el engrandecimiento nacional, cuanto

que las publicaciones políticas que gasta el órgano de la oposición han pasado hoy del tema general á uno puramente personal.

No se nos habla ya de que el sistema de Gobierno progresista que tenemos sea malo, sino de que en tal puesto público, —como dijo un corresponsal de Bocas del Toro,—no debe estar éste ó aquél personaje, por muy bien que deje cumplidos sus deberes, porque la oposición radical no quiere que en los cargos oficiales más culminantes figuren sino miembros de ésa oposición, agitadores de oficio que abrirían de una vez una éra de intranquilidades y zozobras.

Ya como que comienza á aceptarse por la oposición radical ó *porrismo*, que la existencia del Gobierno que hoy vela celoso por nuestros caros intereses, es patente y real. Ellos, los opositoristas, como que han querido ver ahora que las bases de respeto y de justicia inflexible sobre que descansa el edificio de nuestra joven nacionalidad, no podrán ser horadadas tan fácilmente como las rocas por el oleaje de los mares; como que una corta experiencia adquirida durante los meses de oposición sistemática que han hecho, les está pregonando que no es el Gobierno progresista de este país, nada así como un castillo de naipes, susceptible de ligera destrucción con sólo el impulso de muy tenues brisas; en fin, como que empieza á calarles la idea de que la existencia firme del Gobierno de Panamá radica en la savia moral que le imprimen sus leales y probos sostenedores.

Así las cosas, nuevas brisas de aliento y entusiasmo vienen á refrescar á los amigos del Gobierno, porque de manifiesto está que tampoco en esta vez triunfará la causa del mal, y que si en ocasiones la justicia se muestra tarda, ella al fin llega, como llegará ahora con su cortejo de merecidas satisfacciones.

Por eso el Gobierno sigue imperturbable en el camino de regenerar á nuestro laborioso pueblo; y como heraldo del progreso sigue su marcha llevando en la mano la buena semilla que riega sin mezquindades para conseguir el engrandecimiento nacional.

Quienes se opongan en lo sucesivo á esta labor honrada de todos y para todos, no se escaparán de llevar sobre sus frentes el humillante estigma de malos hijos del Istmo; porque no es cierto que el pretexto de defender *grupos políticos, círculos ó facciones*, puede justificar actitudes subversivas, siempre condenadas para la civilización.

De injusta tendrá siempre que ser calificada la oposición radical que se organizó en esta ciudad para llevar á cabo fines nada plausibles, porque no es posible que justificación puedan tener jamás esos procedimientos personalistas que,

con el *yo* por flameador estandarte, tienden al olvido de los más, al olvido de los intereses del pueblo que debe ser el ideal de toda causa noble.

La experiencia de algunos días, sobre todo, aquí en la ciudad, nos está diciendo quiénes son los injustos, quiénes son los que proceden mal, y quiénes se preocupan más por el bien procomunal. De un lado está la oposición radical desautorizada é impotente, del otro está el Gobierno dando garantía y fomentando el engrandecimiento de nuestro territorio, ayer tan abandonado; de un lado está la oposición radical gastando inconsecuencias con sus propios amigos, porque sabido es que algunos de sus jefes, si son dulces y amables á la hora de prima, á la hora de los sacrificios, saben tener para la de nona, sólo la indiferencia para los que sirvieron de escalera; de otro lado está el Gobierno que, con espíritu de equidad, vela incansable por nuestro buen nombre de República independiente, ya con sobrada autoridad en el exterior; allá está la oposición radical en constante labor suicida, hija tan sólo de la intemperancia; y acá el Gobierno que con el poder de atracción que le da la honradez de sus actos, trae á su derredor con simpático llamamiento todos los sanos elementos del país.

Ante tamañas diferencias, que hablan muy alto en contra de las tendencias de la *facción radical opositorista*, y muy en favor del ideal noble y elevado que inspira los actos todos del Gobierno, ¿qué ciudadano no se decide á seguir sin vacilaciones el amplio y seguro sendero que para llegar á la felicidad de nuestro pueblo señala con empeño patriótico el Gobierno?

Insensatez sobrada acusaría apreciar la situación actual de la República de distinto modo; y en no lejano día, que ya casi entrevemos en medio de las contrariedades que nos traen los empecinados de oficio, lucirán en el cielo entonces límpido y despejado de esta amada patria, las auroras de redención general, que, con el iris radiante del bienestar común, nos traerán el perpetuo olvido de los pasados males y la anhelada fraternidad de los istmeños.

¡Entonces se sabrá quiénes fueron los unos y quiénes los otros!

(De *La Estrella de Panamá*).





El Partido Constitucional.

No siempre es posible poder penetrar el fondo de las cosas y de los acontecimientos que á veces se cumplen y desarrollan, y así fácil es observar también que en ocasiones lo que á simple vista parece un mal iuminente, suele resolverse en positivo bienestar.

El Partido Constitucional, formado á raíz de la expedición de nuestra Carta Fundamental, lo constituyen los sanos elementos de los partidos militantes de la época de Colombia: liberal y conservador. Separado el Istmo é iniciado en la vida gloriosa de nación independiente y libre, de hecho se hizo necesaria la organización de un nuevo partido político que representara todas las elevadas tendencias de los buenos hijos de la nueva República de Panamá, y que, ante todo, velara por la paz de esta tierra llamada á desempeñar papel importantísimo en el campo económico é industrial. Surgió, pues, el Partido Constitucional como resultado de las maduras reflexiones de los unos y de los otros, de todos los hombres pensantes y bien intencionados del país, y entraron de lleno á formar parte de ese Partido tanto los elementos liberales como los conservadores; pero vino luégo la ambición que todo lo vulgariza, patentes se hicieron los intereses personales que todo lo destruyen, y el Partido Liberal istmeño quedó pocos días después fraccionado así: liberales partidarios del Gobierno que permanecen fieles á la consigna de engraudecer la Patria, y radicales opositoristas que dispusieron engolfarse en una sistemática hostilidad al Gobierno.

Como era natural, la lucha contra la Administración honrada que atinadamente dirige el Doctor Amador Guerrero, no se hizo esperar, y á los liberales de ideas puras y amplias que rodean al Gobierno y le dan savia de vida al Partido Constitucional, no se escatimó momento de llamarlos incon-

secuentes y desleales. Se dispusieron también los opositores á censurar en toda forma y en toda hora á los hombres todos del partido que se había organizado, y en tanto que insultaban personalidades nueéstras con sobrada injusticia, ellos, —la oposición radical, —escribían en un periódico opositonista con sobrada inmodestia su propia apología.

Un verdadero torneo periodístico se nos provocó con el único y exclusivo objeto de hacer pedazos el cuerpo recién formado del nuevo Partido político organizado, y ello porque se nos creyó débiles, pues se aseguraba para el Constitucionalismo una vida prematura y de amargas frustraciones. Se creyó entonces por algunos, que aquella hojarasca periodística podría acarrearle graves males al Partido Constitucional, —acaso por aquello de que no siempre es posible penetrar el fondo de las cosas,—y algunos nuevos Pedros, faltos de fé como el de la evangélica leyenda, tal vez llegaron á dudar de que la poderosa nave del Constitucionalismo istmeño saliera ilesa después del brusco choque contra las negras rocas de la oposición radical.

No llegó el caso de tener que persuadir á ninguno de los amigos del Gobierno, ni de tener que hablarles de las vicisitudes á que en la vida están sujetos tanto hombres como partidos políticos, porque si algunos perdieron la esperanza en momentos que fueron supremos para la vida de nuestro Partido, pérdida y todo, siempre se mostraron fieles á la consigna, y, como los más entusiastas, se empeñaban en aceptar la responsabilidad de sus actos. Causa común, pues, se ha hecho entre liberales partidarios del Gobierno y los conservadores leales, sin desdecir en ningún caso, ni unos ni otros, de sus elevados principios é ideales. En Inglaterra, por ejemplo, hemos tenido *whigs* y *torys*, ó como ahora se llaman más corrientemente: liberales y conservadores. Los liberales también se han subdividido como aquí ahora, en liberales de ideas elevadas y progresistas y en radicales. El liberalismo se diferencia del radicalismo recalcitrante, en que, como éste, no quiere ir tan aprisa en materia de reforma. Lo cierto es que así unidos hoy aquí en el Istmo, liberales y conservadores, cada cual en su esfera trabaja con ahinco y entusiasmo incansable por ver en todo tiempo flamear gloriosa la bandera tricolor que representa los nobles ideales del Partido Constitucional; y si el tiempo ha pasado, y con él también la lucha periodística que la oposición radical inició aquí en Panamá, ella lejos de habernos aparejado los graves perjuicios que algunos presumieron, sólo ha servido para disponer al Partido Constitucional "para la compactación y la deseada organización, y para prepararnos luégo espléndidas victorias".

Formado el hombre, ó dispuesto por su propio organismo para la lucha ruda y continua, no tienen para qué temer los partidos políticos las ligeras contrariedades que se les presenten, ni los peligros momentáneos, ni aquellos disturbios que son más bien aparentes que reales, porque no es cierto que esos ligeros accidentes puedan jamás herir de muerte el cuerpo de los partidos políticos.

No sucumben las grandes causas por los obstáculos que surjan, ni se puede tampoco perder la fe en el triunfo porque en el camino que llevamos haya algo que nos impida continuar de una vez el viaje.

"En política nada fue siempre más perjudicial que la continuada fortuna", y las oposiciones á los Gobiernos, ya sean éstas justas, ó injustas como la que ahora tenemos, han servido en todo tiempo de saludable contrapeso que se resuelve casi siempre en prolongada vida para las causas políticas.

Hemos necesitado de algunas contrariedades, si así pueden llamarse, para cerrar y compactar filas, para hacer infranqueables las barreras de nuestros nobles propósitos. Hemos luchado y lucharemos por sacar incólume el credo que encarna los elevados ideales del Partido Constitucional en el Istmo, y la lucha periodística de ayer, si labor nos trajo, también nos ha brindado la satisfacción de poderle decir al mundo civilizado que nos contempla, que el partido político que en Panamá se creó como representación genuina de sanos y honrados elementos de todos los partidos políticos antes existentes en esta tierra, es hoy entre nosotros una hermosa realidad.

Y ya que el Partido Constitucional es el que ofrece á todos los hombres de buena voluntad, honrado albergue bajo sus inmensas toldas; ya que ese partido no sabe gastar los rancios egoísmos que aniquilan y enervan, sino que antes por el contrario busca en su programa el cruce de las ideas, para de allí sacar el fruto apetecido; ya que en medio de todo, luchas y ligeras contrariedades, como hemos dicho, hemos alcanzado á hacer prevalecer en el país las ideas que entraña el Constitucionalismo istmeño, preocupémonos ahora por sacar ileso el ideal que nos ha reunido, á fin de que vean los pocos adversarios que nos quedan, que los partidos Liberal y Conservador en Panamá supieron laborar oportunamente para hacer el bien de los asociados.

Se creyó por algunos que la hostilidad terrible que se le hacía al Partido Constitucional, que, como su nombre lo dice, luce también en su programa el respeto á la Constitución y á las leyes, habría de dar en tierra con su preciosa existencia, y ese proceder de la oposición radical que pudo ser traducido

por algunos en pérdida para nosotros, vino á resolverse en verdadero bienestar para los distintos elementos que forman la existencia de ese partido.

Resultado, pues, de la hostilidad que se nos hizo, ha sido la formal organización del Partido Constitucional Istmeño, y sus hombres, así liberales como conservadores, que militan en sus filas, siguen inspirados en todos sus actos por un solo y único ideal: el bienestar de la familia istmeña.

No hemos, por lo tanto, arado en el mar, y ese Partido que al ser respetuoso de la Constitución y de las leyes, tiene por añadidura que ser consecuente con el Jefe de la nación, será, sin ligeras dudas, el que traerá el engrandecimiento de la Patria.

El Doctor Amador, á su vez, con su política amplia y justiciera, vela incansable por los caros destinos de esta tierra, y rodeado como está abierta y sinceramente por el Partido Constitucional, sigue imperturbable su marcha hacia la positiva redención de nuestro pueblo.

La índole del Partido Constitucional no se presta á moldes ni á estereotipia, como decía el Doctor Núñez, porque ese partido busca el bien general por medios justos; y para ello puede "vestir la clámide y calzar coturno si las exigencias de su delicada misión, así lo determinan".

El Partido Constitucional no es cálculo, es idea: la idea de redimir nuestro pueblo de la triste postración en que lo dejó el sistema de Gobierno colombiano.

(De *La Estrella de Panamá*).

